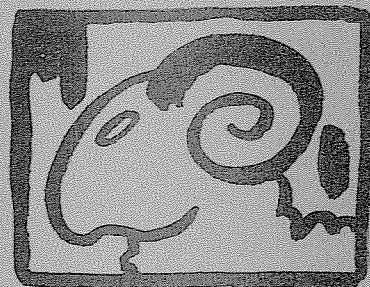
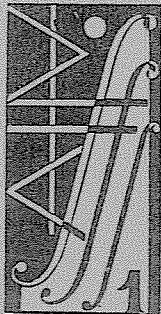


Ensayos

Marzo 1937

9



Montevideo

Ensayos

REDACTOR RESPONSABLE:

EUGENIO PETIT MUÑOZ-GAETAN 1005 (PRADO)

IMPRESIÓN:

TIPOGRAFÍA "ATLANTIDA" - ZABALA 1376

INDICE DEL NUMERO IX

	Pags.
Francisco Romero: Persona y trascendencia	161
Carlos Alberto Garibaldi: María Eugenia Vaz Ferreira	168
Carlos Alberto Sánchez: Civilización o cultura	186
E. Amaldi: Aspectos actuales de la física nuclear	201
E. Zum Felde: El libro en la enseñanza	210

NOTAS

Alberto Domínguez Cãmpora: El armamentismo como efecto de la alarma internacional	227
Romain Rolland: ¿Cómo impedir la guerra? (fragmento)	234
Rainer María Rilke: Carta a Annie Mewes	236
Guillermo García Moyano: Once maderas por Leandro Castellanos Balparda	238
Alicia Goyena: Ensayos, por Alejandro C. Arias	239

Signo por: L. Castellanos Balparda

TEXTO EN PUBLICACION

Fernando Beltramo: La tendencia inmanentista en el pensamiento contemporáneo y otros ensayos.

Marzo 1937

Ensayos

Año II - N.º 9

PERSONA Y TRASCENDENCIA

A Luis E. Gil Salguero.

En unas pocas indicaciones que vienen a ser como el núcleo esencial de su bello libro *El Puesto del Hombre en el Cosmos*, define Max Scheler el espíritu ante todo por su autonomía frente a lo orgánico, por su incondicionada independencia. El animal — por lo tanto, el hombre en cuanto animal — tiene "medio", esto es, un contorno en función de sus propias exigencias vitales, determinado por los intercambios *efectivos* que con él establece, recortado en la realidad infinita de acuerdo con un canon preciso; el espíritu — el hombre en cuanto centro espiritual — tiene "mundo", una perspectiva por la que se interesa ajeno a cualquier móvil de cercana o remota utilidad, un paisaje que se aspira a que sea el de la total realidad misma. "Espíritu... es objetividad; es la posibilidad de ser determinado por la manera de ser de los objetos mismos. Y diremos que es "sujeto" o portador de espíritu aquel ser cuyo trato con la realidad exterior se ha *invertido* en sentido dinámicamente *opuesto* al del animal."

El principio vital y el espiritual coexisten en el hombre; esta coexistencia otorga al ser del hombre y a su peculiar aventura — la historia, la cultura — su extraño cariz. Si denominamos "individuo" al hombre en cuanto unidad psicofísica, y "persona" al hombre en cuanto ente espiritual, se advierte con claridad la índole de la inversión que

la espiritualidad introduce (1). El individuo se constituye permanentemente en corazón de su universo, en centro de un sistema absoluto de coordenadas. Las visuales que proyecta sobre las cosas son como hilos con los cuales las ata a sí, hilos tensos que tiran de las cosas. El individuo es centralizador en provecho propio; crea un campo de fuerza centrípeto a su alrededor. En la persona, entre otras aparentes paradojas, se da el contraste entre la centralización y la dispersión; el espíritu es unidad y es al mismo tiempo la más volátil substancia de este mundo, y su volatilidad no obsta a su permanencia. La persona tiende sobre las cosas visuales que son como radios rígidos de acero: mantiene a cada cosa a su distancia justa. El espíritu, el ente personal que lo encarna, es expansivo, centrífugo; va hacia las instancias que se le presentan o que presiente — individuos, personas, valores, cosas — con un interés limpio de cualquier afán de apropiación. Podría decirse que su propensión más constante es estatuir en la realidad un orden de derecho y erigirse en su garantía — contra el régimen de fuerza egoísta que procura imponer el individuo. El individuo comienza por negar tácitamente a todos los objetos su sentido propio, para atribuirles en seguida un sentido funcional, una especial significación en vista de su conveniencia; sean los que fueren estos objetos, sólo ve en ellos "cosas para él", instancias en el área que aspira a colonizar en su beneficio. Ignora las personas y trata de someter los demás individuos a sí. La persona procede a la inversa; se interesa por todos los objetos y averigua qué son en su realidad intransferible y última. A cada ente le pregunta por su ser o por su esencia, y, según el caso, asume ante ellos la postura ética, estética, religiosa. Y entre estos objetos de su interés están los individuos. En parte, la debilidad efectiva de la instancia personal respecto a la individual, depende de que el

(1) Un examen más general de la cuestión, de la que sólo unos puntos se consideran aquí, en mi trabajo *Filosofía de la Persona* (Anales del Instituto Popular de Conferencias, tomo XXI, Buenos Aires, 1936). Véase también mi artículo *Perfil y guerra del espíritu*, en *La Nación*, 25 de noviembre 1934).

individuo desconoce a la persona, y la persona se preocupa de los derechos del individuo. La persona se enriquece mediante esta especie de sucesivo traslado a cada centro externo, que le hace participar en mil maneras diferentes de ser, que le proporciona una serie indefinida de avatares. Todas las actitudes espirituales, personales, se caracterizan por un singular comportamiento respecto a los objetos, que los respeta, los deja intactos — con la salvedad importante que se mencionará en seguida. El individuo devora o esclaviza; siempre destruye algo, sea el objeto mismo, sea su ley, su sentido, su autonomía. Un ejemplo trivial: Ante un mismo ejemplar, el individuo dice: "Es un pescado" — y la serie comienza por el anzuelo, sigue en el toma y daca del mercado, y termina con la asimilación del animal; la persona dice: "Es un pez" — y la serie comprende las operaciones de conocimiento que pueden llegar hasta ejemplificar en el animal toda una teoría de la vida... En el primer caso, el animal ha caído, pobre de él, en el campo centrípeto del individuo insaciable; en el segundo, el ímpetu personal de saber se ha instalado en él, ha pugnado por llegar a los últimos escondrijos de su estructura, ha avanzado en marcha centrífuga, en esa sorprendente fiebre de enajenación o autoextrañamiento que es atributo de la espiritualidad.

De aquí que sea, como se dijo antes, propio de la persona estatuir un orden universal de derecho y garantizarlo. Este orden tiene dos sectores. En primer lugar está el *reconocimiento* de lo que es, en los dos sentidos que tiene la palabra: en el de toma de conocimiento sin otro acicate que el saber mismo y la íntima plenitud que nos proporciona, y el de aceptar y dar por justificado lo que es, por la sola razón de ser — salvo la excepción a que me referí antes, y que viene a continuación. En segundo término, el *reconocimiento*, también en los dos sentidos apuntados antes, del orden del valor, sustentáculo del orbe de lo que debe ser. Por su naturaleza misma, esta instancia es superior a la otra, y debe imperar sobre ella cuando coinciden en una situación. La persona respeta lo que es, salvo que no sea lo que debe

ser. Esta intervención activa para imponer lo que debe ser es la acción ética. Inglaterra se nos muestra en la historia como un individuo colosal que se apropia para su uso y goce una parte considerable del planeta; en todo caso, como un individuo que es a ratos persona. La hazaña poética de Kipling ha consistido en darnos una visión bien distinta, en presentarnos el Imperio como un orden, y a Inglaterra como la persona gigantesca que lo establece y vigila.

Con esto se advierte bien que los individuos viven, tienen que vivir por su ley misma, en perenne conflicto. Hobbes basó su teoría política en un lúcido análisis de esta situación, olvidándose de las personas. Las esferas de acción de los individuos son secantes entre sí, la interferencia ocurre entre ellos necesariamente a cada paso. Los hilos que desde cada centro individual van hasta las cosas tiran de ellas en encontradas direcciones, y se crea un estado de violencia que sólo cesa si una violencia superior impone un orden forzado: es la solución de Hobbes. Las personas, por su parte, dan lugar a una situación completamente distinta. Por su manera de ser, no hay entre ellas conflicto, sino coincidencia; es una consecuencia inmediata de su orientación objetiva. Tienden hacia los objetos, según la imagen empleada antes, varillas rígidas que mantienen a cada objeto en su posición exacta: la diversidad de estas varillas, su vario punto de origen, no suscitan antagonismos entre los centros personales. Y si hay acción modificadora, intervención, tampoco se origina conflicto entre las personas, porque todas la ejercen en función de valores universales.

Individuo y persona coexisten en el hombre; las relaciones entre ambas instancias, complicadísimas por cierto, no interesan por el momento en esta nota esquemática. En mi opinión, persiste una apreciación insuficiente de estas relaciones, un falso realismo, que sobrestima el factor más inmediato y tangible, el momento individual. El pensamiento común tiende a reducir las instancias superiores a las inferiores, a explicarlo todo desde abajo. Subsume el valor en el ser, lo espiritual en lo meramente psíquico, lo psíquico

en lo biológico, lo biológico en lo material. Si hubiera una esfera más baja, se apresuraría a desleír en ella lo material. En los asuntos que atañen más directamente al hombre, lo que se piensa o se cree de algo, sea verdadero o falso, se convierte en un factor efectivo al lado de la situación real a que se refiere. El prestigio del individuo se refuerza por la habitual creencia de su mayor realidad en comparación con la persona. El individuo, se opina, es lo existente; la persona es una ficción, una imaginación. Sería una ilusión tan vana como peligrosa desconocer la poderosa energía de la individualidad. Pero acaso hay en la persona más fuerza, y sobre todo más posibilidad de fuerza, de la que se le reconoce de ordinario. Acorralada por el individuo, asustada por una especie de "bluff", yace soterrada; para que se liberte y actúe hay que incitarla a que adquiera conciencia de su derecho, hay que sacarla a luz mediante una adecuada mayéutica, mediante una política de stirpe socrática. En el plano de la individualidad, la alternativa individualismo-totalitarismo no ofrece una salida aceptable, porque la pugna individualista sólo se suprime en el totalitarismo por el aplastamiento. En el plano personal, no hay alternativa, no hay contradicción entre la unidad y el todo; no es indispensable explicar esto después de lo dicho. Y si alguien, arrastrado por una ternura un tanto desplazada, intentara una defensa del individuo, una justificación de su derecho ante la hegemonía de la persona, habría que recordarle que es inútil, ya que se ha definido la persona como la instancia creadora y mantenedora de un orden universal de derecho, de un orden en que al individuo se le reconoce y respeta, pero subordinándolo a lo que está sobre él. Tras la superación por el pensamiento actual de tantos realismos más o menos ingenuos, de tantos pseudoempirismos, convendría rever este falaz realismo, este falso empirismo político que sólo cuenta con el individuo. Tarea utópica, se dirá; acaso, pero vale la pena intentarla. Por otra parte, ya han partido valerosamente en busca de la persona, con intención política, unos cuantos equipos.

Lo que interesa subrayar en esta ocasión es un tema perfectamente delimitado: la irrefrenable tendencia de la persona a trascender, la esencia trascendente de la persona.

El individuo atrae a sí todos los objetos que entran en su zona de influencia; procede como esas hormigas que construyen un embudo con el vértice en la boca del hormiguero, por el cual se deslizan fatalmente sus víctimas. Desconoce o desprecia las personas, somete o intenta someter a sí los individuos, desprecia los valores o los tuerce a su placer, ve en todo lo demás materia utilizable. Su inclinación inmanentista es evidente y característica. Crece y se desarrolla en la medida en que se apropia substancia externa, en la medida en que la inmanentiza.

La persona funciona como un haz de movimientos trascendentes; es pura trascendencia. Su ser es trascender. Trasciende hacia las cosas en el conocimiento, en la delectación estética; trasciende hacia los valores. Trasciende especialmente hacia las demás personas, porque así como al individuo le es consubstancial la negación de los demás individuos, pertenece a la esencia de la persona afirmar las otras unidades personales. La religiosidad personal es igualmente un puro trascender hacia Dios, mientras que la religiosidad del individuo es un mero afán de conciliarse los poderes sobrenaturales, un ensayo de introducirlos en la órbita de sus intereses, de inmanentizarlos.

Si consideramos la espiritualidad, que en su forma viva cuaja en la persona, la esfera más elevada del ser real, temporal, se nos aparece la sospecha de que en la escala de los modos del ser, a mayor altura corresponde mayor capacidad de trascendencia. En la espiritualidad, esta trascendencia, como logro o como impulso, como movimiento o como dirección, es total: el espíritu se realiza trascendiendo. Veamos lo que sucede en la esfera inmediatamente inferior, en la vital o psicofísica. Las unidades, los individuos obedecen a una estricta tendencia egocéntrica, apropiadora, inmanentista; pero el torrente vital que estos individuos componen, como todo, como flujo, también es de índole trascendente;

podría decirse que el inmanentismo individual se aprovecha para un total trascendentismo. La vida se trasciende continuamente, se derrama de su propio cauce, se proyecta osadamente hacia adelante; quizá el error de las teorías evolucionistas de corte darwiniano haya sido ignorar esta trascendencia del flujo vital, y haberse fijado como meta una interpretación ceñidamente inmanentista de la vida. Quede para otra vez decir algunas palabras sobre la realidad material, física. Y, para terminar estas apuntaciones, recuerde el lector todos mis "quizás", todos mis "acazos". Mi oficio no es dogmatizar, ni acostumbro a dar por seguridades mis probabilidades. No pienso renunciar nunca a un derecho que es para mí uno de los más indudables del intelectual, y que no excluye ciertas incomodidades: el derecho a la duda.

Francisco Romero

Martínez (Buenos Aires), marzo de 1937.

MARIA EUGENIA VAZ FERREIRA

Debiera acontecer, entre los hombres; la evocación constante de las grandes almas, en momentos de meditación y de respeto. Hagamos el tránsito por esta mujer extraordinaria, purificados y unciosos, para que podamos percibir, en instantes de fina lucidez, las altas agujas góticas de su arte, que se elevan lentamente hacia los astros.

María Eugenia Vaz Ferreira, aventurera de las grandes soledades, es el símbolo trágico del ser que se hunde en las tinieblas llameantes del espíritu, para cumplir el heroico destino de los arquetipos del Arte, aquellos que ofrecen su triste vida de la tierra por el momento de goce infinito que les otorga, avaramente, la creación de las bellas formas. Unica habitante de su isla lejana, rodeada por las hogueras de la noche, su madre esencial; exaltada en la soledad de los sueños; ordenando a media voz los seres angélicos de la sabiduría y de la gracia, hace su aparición en nuestras evocaciones en actitud de danza, anunciándose con un armonioso y leve sonar de tambores nocturnos.

La Poesía de María Eugenia Vaz Ferreira, contenida en vaso de una admirable pureza formal, de auténtica estirpe apolínea, ocultaría, a lecturas poco profundas, las estremecedoras angustias metafísicas de su espíritu, que emergen de sus esculturas formales, en un aire helado de desesperanza, desesperanza terrible de no poder alcanzar más altas, divinas inteligencias:

"no te revelarán la Esfinge su secreto
ni las esferas cósmicas su música inaudita."

María Eugenia Vaz Ferreira

169

Esta tremenda, patética espera del desesperado, adquiere en algunos de sus poemas desgarrante expresión:

"Y sigo eternamente por la desierta vía
tras la fatal estrella cuya atracción me guía,
mas nunca, nunca, nunca, a revelarse llega!
Pero su luz me llama, su silencio me nombra,
mientras mis torpes brazos rastrean en la sombra
con la desolación de una esperanza ciega."

(*La estrella misteriosa*)

"Único Poema", canto de una tristeza infinita, es la más amplia confesión de su sentimiento trágico de la vida, en versos de una elocuencia lírica difícilmente superable. A la manera de agudísimo dardo nos traspasa su concepción fatalista de la vida, con sus inútiles alegrías y sus absurdos seres que, como graves enlutados, andan bajo el peso de sus dolorosas experiencias y sus amargos desencantos, única verdad para esta sublime extranjera.

UNICO POEMA

Mar sin nombre y sin orillas,
Soñé con un mar inmenso,
Que era infinito y arcano
Como el espacio y los tiempos.

Daba máquina a sus olas,
Vieja madre de la vida,
La muerte, y ellas cesaban
A la vez que renacían.

Cuánto nacer y morir
Dentro la muerte inmortal!
Jugando a cunas y tumbas
Estaba la Soledad...

De pronto un pájaro errante
Cruzó la extensión marina;
"Chojé... Chojé..." repitiendo
Su quejosa mancha iba.

Sepultóse en lontananza
Goteando "Chojé... Chojé..."
Desperté y sobre las olas
Me eché a volar otra vez.

El deseo torturante que obsede sus amadas noches, cuando en infinitos vuelos huye su espíritu en un tremendo esfuerzo hacia la libertad, pone un poco de muerte en cada sueño, y el grito sibilino de "Chojé... Chojé..." le infiltra con sus extrañas palabras la presencia helada de la nada con sus poderosos imanes, y con sus ávidos vampiros que con ala cautelosa acarician sus víctimas propiciatorias, las almas errantes y perdidas en la inmensidad del vuelo.

Pocas voces líricas tan trágicas como su voz. En sus vastos panoramas anímicos todo es desolación y amargura. Si hubiéramos de trasladar al color y a la plástica la naturaleza de sus cantos, imaginaríamos un gran paisaje desolado, en algún país de invierno, con altas nieves y árboles desnudos perdidos entre la niebla, y pájaros solitarios, y negros lobos aullando hacia la muerte. Todo esto en un gris profundo, enfermo y melancólico. En el gris metafísico del Greco, o en las torturadas penumbras de Rafael Barradas. Empero, estos fríos invernales y los cielos negros, ocultan un espíritu que se quema en voraces hogueras.—"Fuego y mármol" fué el título que pensó darle al libro que más tarde fué llamado "La Isla de los Cánticos". Es en el primer título donde hay que ir a buscar el sentido que más cerca se encuentra de su personalidad creadora. En verdad, fuegos centelleantes y formidables piras ardientes, oculta la rigidez mármorea de su verso; en este fuego central, en este elemento esencial de su espíritu, es ne-

cesario penetrar con agudos cinceles de bien templado acero, golpeando sin desmayo la blanca mole de su perdida isla. Es el fuego implacable de los místicos y de los santos, desesperados en la espera de la región celeste. Su grito semejante a aquél:

"Y tan alta vida espero,
que muero porque no muero."

Este sentimiento de la vida como una instable fluctuación perpetua, vana y dolorosa, adquiere en la poesía "El Ataúd Flotante", su más aguda y dramática expresión. Su carne está roída por secretas larvas metafísicas, y las apariencias groseras de la realidad exterior no hacen más que hiperestesiarse su delicada sensibilidad hacia el lado de la sombra, sin piedad, alzando ante ella todas las desnudeces, flotando sobre el miraje de los fuegos fatuos. Ya no se deja llevar de la mano por la piadosa esperanza; ha perdido en su torpe tránsito por la vida todas las llamas alegres y los vinos festivos; sólo un amargo licor de pesimismo es capaz de darle lúcidas embriagueces, y la revelación final de que el aprender a morir es su única felicidad, perfecta y pura. Este trágico consuelo limitando su vida con llamas flageladoras, es quizá la única oquedad amorosa en que gustara recogerse, después de los agotadores ejercicios espirituales. Ya se dijo que no hay verdadero conocimiento sino en el dolor, y que la divinidad sólo descende a los espíritus que, agraciados por la aureola ardiente de los santos, filósofos o poetas, poseen las "lontananzas huecas" donde solamente el dolor y el amor al dolor, florecen en negras rosas inmortales, y en tristes cantos. Así, en "Aspiración", expresa su entrega gozosa a sus leyes inflexibles:

ASPIRACION

Adentro del pecho escondes
una jaula de coral;
de su misteriosa puerta

la llave, dónde estará?
Yo sé de un pájaro libre
que en tan estrecha prisión
quisiera morir cantando
sus ritornelos de amor...

María Eugenia Vaz Ferreira entrega al destino, lúcida-
mente entrevisto, todos los poderes de sus voces puras.
Renuncia heroicamente a las bellas promesas de la tierra, y
su mano no ha tentado nunca coger amorosamente la miel
estival de los manzanos encendidos.

EL ATAUD FLOTANTE

Mi esperanza, yo sé que tú estás muerta.
No tienes de los vivos
más que la instable fluctuación perpetua:
no sé si un tiempo vigorosa fuiste,
ahora, estás muerta.
Te han roído quien sabe
qué larvas metafísicas que hicieron
entre tu dulce carne su cosecha.
En vano
el mágico abanico de tus alas
con irisadas ráfagas me oreo
saltando al aire turbadoras chispas.
Yo sé que tú eres de esas
que vuelven redivivas en la noche
a decir otra vez su última verba...
Ya te he visto venir
blanca y piadosa como un santo espíritu
sobre el vaivén de las marinas ondas;
te he visto en el fulgor de las estrellas,
y hasta los bordes de mi inquieta planta
danzan tus llamas en festivas rondas.
Pero si al interior vuelvo los ojos
veo la sombra de tu mancha negra.

No llores porque sé; los ojos míos
saben vivir en lontananzas huecas;
míralos secos y tranquilos; márchate
y el flotante ataúd reposar deja
hasta que junto a tí también tendida
nos abracemos como hermanas buenas
y otra vez enlazadas nos durmamos
en el sepulcro vivo de la tierra.

Dijimos ya, que el arte de María Eugenia adquiere en
este poema, cuyo título ya le señala un destino, su más agu-
da y dramática expresión. Entre la dulce carne de su espe-
ranza, secretas larvas metafísicas han construido sus largas
galerías de sombras. Nocturnas flautas le anuncian, no ya el
advenimiento de las grandes albas de blanco pié desnudo,
sino la presencia de una noche eterna, sin libertad posible,
ahondada en las estrellas infinitas, en las engrandecidas y he-
ladas claridades lunares, y en las voces desprendidas, en
elementos imponderables, de los números fieles a Pitágoras.
Su poesía transita ya, por regiones de una soledad infin-
ita, en el espacio puro, levemente sostenida por músicas li-
gerísimas. Nos sobrecoge a cada instante el temor, de que
sus grandes diamantes de rara pureza, se enciendan frené-
ticos en sus propias luces, y se pierdan sus estelas de fue-
go en lejanos horizontes al modo de las estrellas errantes
que cruzan delirantes los cielos de la noche.

Esta "María del Arte" amaba la música; seguramente
sus hondas melancolías se perdieron en la tragedia lírica
como en los semidioses del drama musical, Wagner y Bee-
thoven, se perdían los más exaltados sueños, ya en los pai-
sajes submarinos del "Parsifal", o en los silencios interio-
res de las "Sonatas", tristes lamentos de otoño.

Hay momentos en que encontramos, en la extraña re-
gión de la Isla de los Cánticos, un remanso apacible: es
cuando esta alma quiere escapar a su *vía crucis*, posiblemente
en aquellos momentos en que la vida, ofreciéndole el nar-
do sensual de la Sulamita, o los frutos olorosos de los jar-

dines en estío, la atrae. Más estas prolongaciones de sus sentidos no la conmueven hondamente; esta devota de lo intelectual puro, de las abstracciones líricas, de las altas matemáticas celestes, no entregará jamás sus formas puras ni su espíritu hermano de las estrellas, al goce físico. Esto es solamente como un canto de cigarras en los claros mediodías, o una sutil apariencia que su alma, arrodillada constantemente ante la sabiduría y la Gracia, gusta dejar penetrar en sus bien defendidas torres. Así en "Vaso Furtivo", hay una débil tentativa de liberarse del abismo, brindando por todo lo que en esta tierra, grave y lunática, ocurre ligeramente:

VASO FURTIVO

Por todo lo breve y frágil,
superficial, fugitivo,
por lo que no tiene bases,
argumentos ni principios;
por todo lo que es liviano,
veloz, mudable y finito;
por las volutas de humo,
por las rosas de los tirsos,
por la espuma de las olas
y las brumas del olvido...
Por lo que les carga poco
a los pobres peregrinos
de esta trashumante tierra
grave y lunática, brindo
con palabras transitorias
y con vaporosos vinos
de burbujas centelleantes
en cristales quebradizos.

A pesar de la intención de secuestrar, en apariencia, su realidad íntima, el brindis es vacilante y dicho con "palabras transitorias". La lectura de este poema, hundido en la

melancolía profunda del poeta, nos entristece íntimamente. Son aquí evidentes las leyes que rigen inmutables su destino; los movimientos de su alma en viaje siempre hacia ultramar; la mirada de sus grandes ojos tristes dirigida fatalmente a la infinitud del espacio, a las inaccesibles tierras de su país de sueños. Desde el comienzo casi, podría afirmarse, esta mujer tuvo la revelación de su destino. Entonces irá a buscar en el aire de las cumbres y en las profundas y misteriosas capillas del yo subliminal, la salud para su espíritu inadaptado, atormentado por el caos hirviente del subconsciente. No puede en modo alguno, ser ociosa espectadora de los diálogos y voces terribles que estremecen su ser. Adivina que, detrás de la plástica engañosa de la forma, se ocultan extraordinarias revelaciones y angustiadas criaturas, a las que es necesario libertar de sus espesas prisiones, para situarlas en la vida del Arte. Las misteriosas teogonías que se le alzan desde lo más profundo en densas nieblas, luchan en ella por adquirir derechos estéticos, y se transforman en acentos de inconsolable tristeza y en lamentos de un pesimismo desesperado.

Sumergida en lo triste, en lo insondable, en las obscuridades bajo el mar donde navegan los hombres libres, no puede poseer jamás la realidad que desea tan profundamente, y tanto más anhelante y angustioso es este deseo cuanto sabe la lejanía inmensa que la separa de los círculos en que aspira encerrarse para siempre; sufriente y prisionera de su alma, dispersa en girones flúidos.

Su sed exclama entonces:

"Yo no sé donde está, pero su luz me llama,
Oh misteriosa estrella de un inmutable sino!..
Me nombra con el eco de un silencio divino
Y el luminar oculto de una invisible llama.
Si alguna vez acaso me aparto del camino,
Con una fuerza ignota de nuevo me reclama!
Gloria, quimera, fénix, fantástico oriflama
o un imposible amor extraño y peregrino."

Esta nueva cenobiarca, la frente incendiada en celestes llamas, sabía que su espíritu enorme cuajaría supremamente en las altas estrellas de la inmortalidad. Así se lo decían los rumores que escuchaba en la noche, escapados de las inmutables regiones platónicas; así sus ideas, que su inteligencia disciplinaba con sabia virtud musical; así su cruel desemejanza con los hombres, incapaces de entrever sus inmensos sueños; así su nebulosa trágica de tedio, puesto que en la vida no encontró nunca paliativo a sus enormes deseos, ni músicas para halagar su oído religioso y trémulo. El orgullo magnificó sus últimos pasos por la calle triste y larga del mundo transitorio; convencida ya de su inmortal destino, se alejó definitivamente de los hombres para acercarse más aún, en últimos éxtasis, hacia la Noche que tan fervorosamente amaba, ya integrada, melodiosamente, a sus musicales esferas. En torno a sus blancas torres, en los felices límites del vuelo, se acercaban los pájaros crepusculares de la muerte, que ella sentía venir sin sobresalto; no temía el acabamiento físico; más bien recibiría sus oscuros anuncios con alegre ceremonial, con el boato regio de los desposorios.

Un oscuro signo extiende sus negras pompas, envolviendo con su fatalismo inexorable esta vida atormentada de María Eugenia, poseída de ambiciones y de deseos sobrehumanos. La convicción de no poder colmar sus anhelos imposibles; la certeza de no poder mantener invicta su pureza si bebiera los licores ardientes de la carne; la imposibilidad absoluta de ser acariciada sin manchar el blanco mármol de sus flancos; su nihilismo, cada vez más profundo, sobre las cosas del mundo externo, precipitan su alma delicada en los más hondos abismos de su ser, y su renunciamiento místico tiene la grandeza infinita y las diáfanas claridades que ungían la frente de los santos. La batalla terrible entre María Eugenia y su destino, combate diario, sin desmayo y sin tregua, dura hasta los últimos instantes de su vida. Pero esta mujer es poderosa y fuerte como los dioses y ama el fuego terrible de las batallas. Cuanto más

hiere el enemigo en su blanco pecho, cuanta más sangre pierde amorosamente, más se eleva, magnífica, en un desafío supremo, la fe que la posee y la salva. Los himnos de Zaratustra en la montaña, no están lejos de los elevados picachos de la maravillosa Isla de los Cánticos.

La poesía femenina de América tiene en María Eugenia Vaz Ferreira su expresión faustica. Los altos valores que han dado estas tierras del Sur a la poesía universal: Delmira Agustini, Gabriela Mistral, María Adela Bonavita, María Elena Muñoz, Juana de Ibarbourou, por ejemplo, no poseen sus densos lamentos en fuga hacia lo infinito, hacia la noche pura, hacia el espacio ilimitado. En Delmira Agustini, esos deseos inefables encuentran consuelo en un temperamento turbulento y ardiente. La danza de los coribantes enciende sus profundos incensarios amorosos, y perfumados nardos cubren sus senos. Los ángeles místicos y los demonios atormentadores flotan muy levemente por sus regiones líricas, para dar paso a las blancas canéforas cargadas de rojas flores. Los ríos pasionales rodean sus ojos profundos de espesos vapores cargados de pesados perfumes, y su ancha frente reposa, sacerdotalmente, en las rodillas de Eros, su dios protector. En este "milagro lírico", los más profundos cánticos, aunque a veces ensombrecidos por enlutadas presencias, son dulces fragmentos de amor presidiendo el cortejo de sus frisos dionisiacos, apoyados en elevados pensamientos y en extraordinarias intuiciones.

Gabriela Mistral entona sus voces invernales en la desolación andina, y su carne se abre en hondas llagas que enrojecen su ascético sayal. Pero sus más tristes lamentos y sus obsesivas nostalgias, vibran a menudo transfiguradas en un tierno amor hacia la Naturaleza, y, en último término, el duro yermo que habita en la tierra es soportable, pues su corazón se reclina "en el pecho del Dios terrible y fuerte", y sus ojos frecuentan las palabras del Evangelio.

María Adela Bonavita, desaparecida hace poco de entre nosotros, muerta en el meridiano de su vida, nos adelantó ya, en "Conciencia del Canto Sufriente", su primer libro,

los fervores místicos y la inmaterialidad de sus cantos. En un segundo libro, aún inédito, ahonda y perfecciona el perfil de sus arcángeles, y purifica su voz con la madurez espiritual de su arte, ya más logrado, emancipado de las voces confusas y de los vagos anuncios: su vida transcurre acompañada por símbolos en "luminoso círculo", y las experiencias místicas y las revelaciones celestes le hacen desdeñar las imágenes y alegorías exteriores, para sumergirla en las supremas alegrías de sus encuentros con Dios.

En María Elena Muñoz, espíritu delicadísimo, tenue, se realiza, melancólico, un viaje sin esperanzas de retorno, hacia regiones lejanísimas e inefables. Este exquisito espíritu femenino, entre cantos marinos y músicas crepusculares, se sumerge en sus claustros penetrados por sutiles esencias universales, y su poesía intenta expresar los sentidos ocultos de la naturaleza, en cantos imponderables, diáfanos.

Y en Juana de Ibarbourou, la joven de los campos de Cerro Largo, la exaltación de las energías vitales, su sed amorosa y su panteísmo emocionado, rodean de tallos fragantes y de turbadores azahares su poesía fresca, henchida de llameantes licores de vida. Sus pánicas correrías por los montes espesos, teñida de moras y olorosa de pitangas, sorprenden los crepúsculos con su alegría de Diana Cazadora, y oculta en la selva antigua de cedros aromáticos, celebra sus fiestas paganas y deja correr las lluvias de otoño por su desnudo pecho, feliz como Ruth en las eras de Moab.

En María Eugenia Vaz Ferreira, la infeliz desterrada de este mundo de soledad y de pasiones inútiles, el espectáculo exterior, tan lejano a su espíritu, todas las alegrías y los goces, las voluptuosidades y los refinamientos, se alían en un gigantesco enemigo común, y es el formidable contraste entre sus aspiraciones altísimas y lo que puede ofrecerle el mundo, sólo un tránsito obligado para su alma pura. Y si otras almas menos exigentes encuentran serenos remansos y tranquilos estuarios donde reposar sus naves ligeras; si el místico o el panteísta refrescan el ardor de la sien con la música apolínea o en las comuniones con Dios,

la trágica de la Isla de los Cánticos sólo aspira a la muerte, y en sus vuelos nocturnos, lanzada a la sombra y al espacio de los cielos por un deseo constante de evasión, los fúnebres corceles de que nos habla en sus versos, le traen esta imagen:

"Noche, noche infinita, rincón de los olvidos..."

De auténtica jerarquía fáustica, la esencia de su espíritu sólo ama el espacio puro y lo infinito de la muerte. Su arte se identifica, y está contenido en sus anchos círculos, con las catedrales góticas del hombre fáustico, con la música de Wagner y los símbolos del Goethe de la Tragedia.



El canto de los marineros que amaba Mallarmé, la música popular de un viejo acordeón sonando en las tabernas del puerto, como una queja nostálgica, era en el oído de María Eugenia lo que nos dice en

LIBERATORIA

Acordeón de rudas voces
que cerca del puerto suenas
tu canción hecha de adioses
sin alegrías ni penas.

De adioses de tierra y mar,
polvo y nube, luna y cielo
en perpetuo ritornelo
de pasar, pasar, pasar...

Los eternos navegantes
dejan su ruta infinita,
como los fieles amantes
tienen contigo una cita.

Y las manos marineras
te dan sus caricias vanas
entre sotas cantineras
y perfumados nirvanas.

Te cantan vagas canciones
con la mirada perdida,
por eso tienen tus sonos
clamorear de despedida.

Tienen coros peregrinos
que se van entre las brumas,
grito de albatros marinos
y evanescencia de espumas.

Acordeón de rudas voces,
tu corazón es de viento,
y tu musical acento
polifonía de adioses...

Ah, quién pudiera imitar
el alma tuya viajera!
Quién pudiera
irse sin cesar...

Canciones de despedida, adioses en el crepúsculo, junto a las aguas verdes y temblantes, en puertos desconocidos, donde la mano que se eleva en el saludo, y el pañuelo que se agita en el viento, son los signos concretos de las partidas infinitas, del "irse sin cesar" de los eternos viajeros. Amor a la música popular trascendido en el deseo de liberación.

Aquí la ligereza del canto, la gracia extraordinaria del verso, el alado octosílabo, el tema musical, forma notable contraste con la tristeza de su ángel de tinieblas, su guardián celoso y permanente. El deseo del viaje, el imperativo de evasión, dan fondo dramático y sombras a lo Rem-

brandt, al poema luminoso y firme, y hace temblar la línea de su arquitectura, esfumándola en los deseos inmortales, en el país de sus ideas y sensaciones líricas. Es siempre el desasirse de sus contornos humanos, de su "carnal vestidura", huyendo en un sentido puro, reflejando su ser en las aguas de los viejos ríos que entristecían a Heráclito. Y tan es así, que a veces, como en los poemas *Balada de las Dulces Perlas*, *Vaso Furtivo*, *El Mensajero Derrotado*, *Tu Rosa* y *Mi Corazón*, *Via Secreta*, por ejemplo, se nota como un tono falso, como aprendido, que no convence. Es que las luces finísimas de sus diamantes hundidos, no hallaban gozo más que en las tinieblas, y sus negros cabellos no flotaban alegres, más que en los vientos venidos de la noche, en negras cabalgaduras, con el ulular apocalíptico de la muerte. Sus manos heladas sólo ardían en las brumas nocturnas, bajo la estrella misteriosa que bajaba hasta su frente, y su pie ligero sólo hollaba los caminos de rocío, bajo la paz vigilante de los altos cipreses, erguidos lentamente en largos husos de sombra. Y seguramente se elevaban sus cantos con la primera estrella de la tarde, anunciadora feliz de los incendios nocturnos, y sus poemas fueron escritos bajo las lámparas que sostienen las manos de los desvelados y los insomnes, cuando "por la voz del viento la soledad suspira".

María Eugenia Vaz Ferreira murió joven, dejándonos en su único libro *La Isla de los Cánticos*, toda la intensidad dolorosa de su alma. Parece que la fatalidad del genio presidiera a la muerte, más en aquellos que, como la creadora que comentamos, pasaron por la vida como sombras huynes, condenadas en algún círculo infernal, dejando detrás de sí toda la sangre que no podían contener sus pobres cuerpos, flagelados por los obstáculos terrenos, perseguidos por "venganzas metafísicas". Es posible que el dolor que rodea la vida de algunos artistas en aureolas flamígeras,

condenándolos a sufrir siempre infinitamente, sin reposo ni consuelo, los precipitara hacia los grandes ejercicios del alma, los enajenara en la creación. Así el solitario de Sils-Marie, Federico Nietzsche, escribe el Zarathustra en aquellos diez días inolvidables en que los múltiples sufrimientos de su organismo enfermo le conceden una engañosa tregua. Beethoven levanta de lo más hondo de su ser la *Oda a la Alegría*, en momentos en que la vida lo condenaba a lo sufriente, a los trabajos forzados del trato con los hombres, y que la sordera lo volvía loco. Y recordemos a Dostoievsky, que de cada uno de sus males terribles, nacían sus personajes maravillosos. Y Lautréamont, Miguel Ángel, Baudelaire, "Le Pauvre Lélian", Van Gogh, y tantos otros que forman la caravana de los grandes alucinados, de los seres divinos que han visitado la tierra, como en exilio. La creación en estos seres es tentativa de liberación pura, de consuelo metafísico, de transfiguración en lo eterno.

¿Qué nos revelaría María Eugenia en períodos posteriores de su vida? ¿Qué desmesurada inteligencia haría sonar sus voces inmortales? ¿Qué fiebres, qué delirantes polifonías, qué supremas locuras alentarían sus sueños? Asusta meditar sobre esto; es probable que en estos espíritus de altísimas tensiones, la vida se les vaya rompiendo por dentro, y la lucidez mental termine en la locura.

Quizá la epopeya lírica de esta mujer culmine heroicamente en su poema *El Regreso*, posiblemente de los últimos que escribió. Este poema rodea su pálida sien en un claro halo de silencio, y las potencialidades omnihumanas asoman sus espectros pálidos y vacilantes. La danza al borde del abismo ha suspendido en actitud plástica las energías del delirio, y un nuevo ídolo fecundado por las Madres del segundo Fausto, mueve visiones cegadoras en altas soleadas. Es el helado vértice de un sereno desencanto, cuyos reflejos se pierden, delicadamente, en las arcanas orillas de la nada o lo desconocido, donde los raros caracoles marinos cantan la nostalgia del fondo de los mares, sobre las arenas solitarias, y restos de proas con inscripciones en len-

guas olvidadas, descansan la fatiga larga de sus viajes inútiles.

EL REGRESO

He de volver a tí, propicia tierra,
como una vez surgí de tus entrañas,
con un sacro dolor de carne viva
y la pasividad de las estatuas.
He de volver a tí gloriosamente,
triste de orgullos arduos e infecundos,
con la ofrenda vital inmaculada.
No sé cuando labraste el signo mío
el crisol armonioso de tus gestas
dónde estaba...
dónde la proporción de tus designios...
Tú me brotaste fantásticamente
con la quietud de la serena sombra
y el trágico fulgor de las borrascas...
Tú me brotaste caprichosamente
alguna vez en que se confundieron
tus potencias en una sola ráfaga...
Y no tengo camino;
mis pasos van por la salvaje senda
en un perpetuo afán contradictorio,
la voluntad incierta se deshace
para tornasolar la fantasía;
con luz y sombra, con silencio y canto
el miraje interior dora sus prismas;
mientras que siento desgranarse afuera
con llanto musical los surtidores,
siento crujir los extendidos brazos
que hacia el materno tronco se repliegan,
temor, fatiga, solitaria angustia,
y en un perpetuo afán contradictorio
mis pasos van por la salvaje selva.
Ah, si pudiera desatar un día

la unidad integral que me aprisiona!
 Tirar los ojos con los astros quietos
 de un lago azul en la nocturna onda...
 Tirar la boca muda entre los cálices
 cuyo ferviente aroma sin destino
 disipa el viento en sus alas flotantes...
 Darle el último adiós
 al insondable enigma del deseo,
 cerrar el pensamiento atormentado
 y dejarlo dormir un largo sueño
 sin clave y sin fulgor de redenciones...
 Alguna vez me llamarás de nuevo
 y he de volver a tí, tierra propicia,
 con la ofrenda vital inmaculada,
 en su sayal mortuorio toda envuelta,
 como en una bandera libertaria.

Mundos increados ha dejado el espíritu de María Eugenia, ocultos en las islas de su ser. ¿Qué hondísimas presencias cavarian en su alma profunda, sigilosamente, con las lanzas crepusculares de los sueños? ¿Qué naves maravillosas dejarían a su paso blanquísimas espumas, en sus lejanos mares de perdidas orillas? ¿Qué altísimas torres horadarían las inmensidades cósmicas? Las imágenes se elevan de este canto, en negras columnas que sostienen en lo alto su "perpetuo afán contradictorio", intentando en vano señalar un camino feliz bajo los signos de la muerte. Todas las fatigas, todos los temores, las grises melancolías, los silenciosos desgarramientos en heridas engrandecidas; la creciente angustia coronando de hierro la frente vencida; los pálidos adioses desde sus oscuros bajeles, extrañados en brumosas soledades, atan sus mitades de vida con un nudo inexorable, y funde en la mágica diafanidad de sus últimos lirios nocturnos las grandes esmeraldas de un celeste rocío.

Las densas imágenes de *El Regreso* nos muestran hasta qué regiones últimas se sumergía María Eugenia, en ejer-

cicio agotador de las energías más extraordinarias, para dar lo más íntimo y realmente sincero de su ser. Es que su arte se nutre de vida tan hondamente, en tan escondidos subsuelos andan las delgadas raíces del cántico, que es posible que la sombra se quebrara en la alegría, y los supremos vértigos alcanzaran la visión de Dios.

Arcángeles de la noche guardan con escudos inviolables el fuego derramado de sus grandes secretos. "Con luz y sombra, con silencio y canto", sus blancas estrellas construyen nuevas formas como en un vasto sueño, que ruedan calladas hacia lo insomne, hacia lo perdido y no encontrado nunca, hacia las transparentes catedrales de algún país de la luna. Dentro del regreso incierto y melancólico, anchas esperanzas encienden el pecho de las errantes luciérnagas, y su muerte ocurre entre el cielo y la tierra, en un dorado espacio sin terrores.

No olvidemos los dos últimos versos de su libro:

"y quien me escuche, oiga sólo
 mi paso en la soledad."

Carlos Alberto Garibaldi.

CIVILIZACION O CULTURA

(Conferencia pronunciada en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional de La Plata).

INVERSION DE LA MARCHA CONTINENTAL

El título de esta conferencia evoca irremediablemente uno de Domingo Faustino Sarmiento: *Civilización y Barbarie*. En realidad, la evocación es algo más que eso: se trata de una identidad de problemas. Porque la cultura es barbarie evolucionada y la barbarie es la antesala de la cultura, mientras que la civilización consiste en la mineralización de la cultura, petrificada en formas inmutables y canónicas.

Sarmiento advertía que el problema de la Argentina era la oscilación entre la ciudad y el campo, términos trocados en los de civilización y barbarie. Yo sostengo que hasta aquí hemos tenido, en América entera, incluyendo la Argentina, nada más que civilización, pero jamás cultura. En tanto que la curva general de la historia conduce de la cultura a la civilización, en nuestro continente hemos invertido esta marcha y hemos ido de la civilización a la cultura. La forma antecedió a la esencia. Y esto que, a primera vista, puede parecer paradójico e infundado, resulta evidente analizado a la luz de la historia. La contradicción americana encierra la clave de nuestro destino.

Largos años hace que vengo estudiando este tema y él

se plasma ya en las páginas de un libro erudito, próximo a publicarse. Las tesis que me permito exponer más adelante, no son, pues, frutos de improvisación ni alarde de ingenio. Ellas responden a un contenido real. El dilema entre cultura y civilización alcanza en nuestra América una vigencia dramática. Ha de permitírseme, por eso, ser totalmente franco y terminante, máxime hablando, como hablo, a un público de profesores y estudiantes argentinos, más propensos al europeísmo que los demás países de América.

Sostengo que América carece de cultura. Que no somos cultos. Que somos civilizados o sea corteses, pero, en forma alguna con esencias y elaboraciones sustantivas. El aluvión español perturbó absolutamente la marcha de nuestro pensamiento y alteró nuestra sensibilidad. Emil Ludwig me decía hace pocos días que a él le daba América la impresión de un pueblo viejo. Si Ludwig hubiese leído a Waldo Frank en el *Redescubrimiento de América*, no experimentaría tanta sorpresa. Las culturas indígenas eran, cuando llegaron los españoles, civilizaciones que se encaminaban a la disgregación. La cultura española había logrado cierta madurez cercana a la delieuescencia al ocurrir la colonización. Dos razas viejas conformaron un pueblo joven que creció bajo la tutela de lo arcaico y lo rutinario.

Esta vejez en plena juventud es ya un síntoma alarmante. A tan fundamental contradicción responden otras muchas. Presentarlas escuetamente creo que es ya contribuir a esclarecer de modo decisivo el drama americano.

LA LIRICA PRECEDIENDO A LA EPICA

La primera de todas las contradicciones que se apareció ante mis ojos fué la literaria. Entregado yo a las disciplinas de este jaez, es lógico que me saltara a los ojos semejante evidencia. Según la historia y la preceptiva literaria los pueblos inician su camino literario por la epopeya y culminan con el lirismo. La epopeya trasunta la sorpresa

del hombre ante el mundo. Al encontrarse frente a la realidad ésta hiere su imaginación, su sensibilidad, sus sentimientos, sus voliciones. Además, no hay pueblo que, por el camino de tal descubrimiento no haya concretado su idioma. Los *Cantares de gesta* permitieron emancipar el español de la lengua romance, como la *Divina Comedia* encarna la emancipación del italiano frente al viejo latín, y en la *Chanson de Roland* se advierten claramente los gérmenes del francés constituyéndose en idioma personal. La lírica significa ya una filtración, un alquitaramiento de las emociones objetivas a través de la subjetividad. Pues, en América las cosas anduvieron al revés. La lírica acompañó los pasos de los conquistadores. Uno que otro cantar épico es flor trasplantada, sensaciones ajenas como en Balbuena y Ojeda. El modernismo, tres siglos más tarde, en el cual se encarna la emancipación intelectual americana del novecientos, es también un fenómeno literariamente subjetivista y lírico. La nota particular prima sobre la realidad. Y eso no es hecho casual. Una literatura no cumple un ciclo espontáneo ni exclusivo. Obedece a normas y necesidades sociales. De allí que al comprobar la existencia de semejantes hechos, tengamos que enfocar la realidad americana desde un punto de vista propio. La realidad nos demuestra hoy que la épica nace sólo ahora. La novelística americana del 1920 al 1936 está marcada por el ascenso de los temas sociales, por su copiosidad numérica y su hondura vital. *La Vorágine*, *Los de Abajo*, *Doña Bárbara*, *La Serpiente de Oro* representan cuatro epopeyas. El hombre se deslumbra ante la naturaleza y la refleja cantando. Cantando, pero cantando objetivamente. Al músculo poderoso, a la piragua audaz, al hacha demoledora, a la carabina justiciera, al soldado heroico, a la selva indoblegable. Nos nace ahora una épica americana. Y una épica —lo repito— no es un hecho casual. Si nace una épica es porque nace una cultura, porque amanece un mundo, porque se perfila un hombre nuevo, porque se forja un lenguaje, porque está alboreando un sentir impar de la vida y del arte. Creo que es el clari-

near de una cultura hasta hoy inexistente en nuestra América.

Ratzel, citado por Sanin Cano, hace una observación, que, desde otro punto de vista, corrobora la autoctonía de la cultura naciente y la tragedia del truncamiento pasado. Dice Ratzel que le sorprendió, una vez, comprobar que mientras en casi todos los pueblos europeos los primeros metales laborados fueron el hierro y el bronce, en América lo fueron el oro y la plata. De allí vino a llegar a la conclusión de que los americanos poseíamos una forma de cultura o civilización predominantemente suntuaria. El oro y la plata son, por excelencia, metales decorativos, emblemas de lujo. El hierro, el bronce, el cobre, son utilitarios. La suntuosidad indica predominio de la forma sobre el fondo, sobre lo útil. Al parecer, el formalismo, el decorativismo priman sobre las necesidades inmediatas del hombre. No es raro que un hombre así resulte invirtiendo los términos totales de la cultura y haya vivido primero sin civilización para desembocar después —es decir, ahora— en la cultura. La tendencia decorativa del poblador autóctono de América no es controvertible. Vasconcelos señalaba como peculiaridad del azteca la de amar las apariencias. En un libro sobre Juárez he leído la frase: "Era solemne como un indio". Y el español también fué solemne y formalista. Y el africano fetichista, sensual y decorativo. Tres razas formales se injertaron en América. El fruto de aquella triple mezcla no podía ser ascético. Bajo el cielo hirviente del continente niño, tenía que fundirse una civilización formalista y decorativa por sobre todas las cosas...

Pero, hasta aquí podría juzgarse que estoy manejando paradojas o simples observaciones ocasionales. Prefiero torcer el rumbo a la elocuencia y hacer encallar la digresión en los bajos de las observaciones concretas.

BASES ECONOMICAS DE LA GRAN CONTRADICCION AMERICANA

Vayamos al aspecto económico.

Como todos sabemos, la evolución económica de la sociedad, partiendo del llamado colectivismo primitivo pasa por las etapas del patriarcado, el feudalismo, el capitalismo mercantil, el industrial, el financiero y llega a la exportación de capitales o imperialismo caracterizado como *última etapa* o *etapa superior* del capitalismo. Pues bien, en América vivimos realidades diferentes. Lo que en los países industriales es *última* o *superior* etapa del capitalismo, es en América *primera* etapa del capitalismo. Nosotros hemos vivido hasta aquí y seguimos viviendo la era del latifundio, de la economía feudal, del principio de las oligarquías, el prevalecimiento de grupos minoritarios de terca voluntad absorbente. En virtud de la concurrencia del capital extranjero, trocado en capital dominador, en imperialismo, se está iniciando una etapa capitalista que, con respecto al feudalismo, resulta una etapa superior, pero que, frente al capitalismo financiero mundial, resulta un aspecto semi-colonial, sujeto a la influencia de poderes extraños a los cuales estamos entregados o vendidos. Haya de la Torre descubrió este hecho, base fundamental del Aprismo, y él es de por sí el planteamiento de una interpretación diversa de la realidad americana. Si lo que en Europa es *última* etapa de un largo proceso económico, entre nosotros es la *primera* etapa, fuerza será pensar en que nuestra sistematización hasta el presente, es efímera y que nos urge caminar con nuestros propios pies y mirar con nuestros propios ojos.

La tesis aprista sobre el papel interferidor del imperialismo transforma fundamentalmente las bases para estudiar la realidad americana. Sobre tales nuevas bases he seguido elaborando otras conclusiones, todas ellas emana-

das de una estricta observación de la vida social de nuestros países.

ANTES QUE IDIOMA, GRAMATICA

Y fluye todo lo demás de corolarios rígidamente planteados.

Decía anteriormente que nos está naciendo una épica, un cantar de gesta. A la vez nos está naciendo un idioma más personificado de lo que hasta hoy fué el lenguaje que solíamos hablar. Y aquí aparece una nueva contradicción reveladora de nuestra absurda despersonalización, de nuestro dramático gregarismo.

El idioma es un proceso y un resultado antes que una expresión. El más insignificante buceador de lenguas sabe que a través de un idioma se llega a conocer la esencia de un pueblo. El haber llamado *calamidad* a toda plaga, tomando el vocablo de *calamus* y el usar las palabras *grey*, *pecunia*, *salario*, etc., indica muy a las claras que el pueblo que así se expresa era, por definición y realidad, un pueblo agrícola. Las palabras no son mera invención de las gentes. Ni tan siquiera lo es la jitanjáfora. Una generación jitanjáforica es, antes, una generación de embelecos, decorativismo y trivialidad. El idioma se produce al par que una cultura. Llega a su cenit cuando la cultura llega a su cenit. El idioma español, por ejemplo, se fué distanciando de la raíz madre, del romance, a medida que ahondaba su diferenciación del pueblo conquistador y, luego, a medida que se desarrolló la guerra contra el moro fué definiendo su personalidad, combinando sus elementos autóctonos con los inmigrados hasta constituir una lengua propia. El mismo año que, tras ocho siglos de lucha, fué derrotado el moro en Granada, se publicó la primera gramática de la lengua castellana, la de Antonio de Nebrija. La gramática nacía como la coronación de un cruento proceso bélico y cultural.

Exactamente pasó en Francia. Con el cantar de gesta de la *Chanson de Roland* se independiza el francés del latín.

Pero la perfección requiere una evolución larga. Racine no surge sino mucho después. Y al mismo tiempo que Francia ocupaba la historia europea como nación dominadora, se fundaba, por inspiración de Richelieu, la primera Academia de la Lengua.

En América el proceso fué a la inversa. La gramática precedió al idioma. Andrés Bello trató de disciplinar en normas inmutables el lenguaje, aún áspero e insubordinado de los chilenos. Gramáticos hubo en la iniciación de la vida argentina, derribados felizmente por la convulsión pampera y el fermentar de la tiranía rosista. Groussac representa más tarde, un intento de interferir el caos. Baralt, Cuervo, los Caro, son otros tantos virreyes lingüísticos que cierran el paso al libre desenvolvimiento de una tendencia popular. La gramática antecedió al lenguaje, al revés de España, de Francia, de todos los países occidentales. Sólo a partir de la segunda mitad del siglo XIX y más señaladamente en los principios del actual, se perfila un idioma con caracteres propios, aunque no emancipado totalmente del español, en América, a punto tal que en un pseudo-purista, como fué Rodó, encontraba don Rafael Altamira constantes giros barbarizantes y solecismos sorprendentes, según lo apunta en una carta a propósito de *Ariel*. El idioma de los argentinos, no el del libro de Jorge Luis Borges, sino el auténtico, es una necesidad, antes que un alarde.

Y es útil observar la coincidencia: se insinúa un capitalismo propio; nos nace una epopeya en la novela; se perfila un idioma más emancipado, es decir, nos encontramos con una nueva Edad Media, pero no por su sentido ecuménico, como pretende Berdiaeff, sino por su hervor de cultura nueva, por la aparición de una cultura auténtica, que hasta ahora sólo había sido civilización.

EN VEZ DE DERECHOS, CODIGOS

Mas, si ya los hechos que he mencionado son suficientes para demostrar que el problema americano es diverso

al europeo; si todo lo antedicho evidencia que sólo ahora nace una cultura, con dolores de parto y autoctonía de fenómeno propio, es útil apurar los ejemplos y remarcar los indicios a fin de que no parezca que teorizo o generalizo sobre la base de unos pocos indicios más o menos elocuentes.

Tomemos otro hecho, otro fenómeno: el del derecho.

Los códigos son concreción del derecho. La jurisprudencia no nace por generación espontánea. La sociedad elabora sus costumbres, crea sus totem y sus tabú; en virtud de los primeros erige sus autoridades y sus idolatrías. En virtud de los segundos erige sus sanciones y sus vetos.

La costumbre se desarrolla y se canaliza en leyes. Las leyes dan origen a la jurisprudencia. Y en ésta se canaliza el derecho. El código resume y compendia un largo proceso histórico. El *Wergeld* de los germanos surgió después de un período de intensas luchas. Los juicios de Dios sintetizan la mentalidad de la Edad Media. Cuando las leyes se plasman en fórmulas rígidas es cuando prima la jurisprudencia sobre el espíritu, la forma sobre el fondo. Entonces asoman los casuistas y los tinterillos. El derecho llega a su proceso de disgregación. Es pura letra: nada más que letra.

En América el proceso jurídico ha sido inverso. La interferencia violenta del aluvión español obliteró el caso. Vino la ley de Justiniano y la ley de Alfonso el Sabio. Las *Partidas* y el *Fuero Juzgo* trataban de constreñir una realidad distinta. España trasladaba sus códigos en vez de adaptarse a las circunstancias. La legislación de las Indias es un intento de reducir la costumbre a la letra. Esta no abdicaba de su magia. Era letra y lo más que podía exigirse era tolerancia para con la costumbre.

De ahí que hubo fórmulas antes que esencias. El jurista americano nació tinterillo, rábula, en vez de jurista. Lo adjetivo no concauzaba con la substancia; realidades indígenas colectivistas como las keshuas fueron metidas a viva fuerza dentro de la malla de leyes hispanas. Solórzano Pereira representa el propósito de conciliar la realidad de la letra, pero más en plan de policía que de jurista. Vitoria

trató de adecuar el instrumento a la realidad y lo tildaron de iluso. Las leyes de Indias se caracterizaron por lo poco aplicadas que fueron. *Se acataban pero no se cumplían*, esencia del formalismo criollo. De ahí que nuestras leyes jamás sean cumplidas. Y de ahí su numerosidad. Sigfried observaba en *América Latina* que somos el continente en donde más se menciona la ley y la constitución, porque es donde menos se cumple. La ley es un mito, mito de formalismo, mito de adjetivismo, mito de cortesía. El primer escello de mi profesión —soy abogado— es que la letra ha creado una superstición. Y tras ella una deformación de conciencia colectiva. Hoy, el proceso histórico está obligando a revisar códigos y tratar de elaborar leyes para nosotros. Sé que hablo en la Facultad de Derecho de La Plata, pero les ruego tener presente que soy abogado también. Por eso mi crítica a la trasgresión absoluta de las leyes. Por eso compruebo la contradicción fundamental que hay entre la realidad social de América y su ley, otro síntoma de lo contrahecha que ha sido nuestra vida. De la necesidad de iniciar un nuevo rumbo. De nuestro fracaso civilizado —triunfo de la letra, de la forma— y de nuestra imperiosa necesidad de crear una cultura, ya en marcha.

EL ESTADO ANTES QUE LA NACION

Del proceso del derecho puro o aplicado se pasa lógicamente al proceso político. Y aparece otra contradicción. El Estado es en todas partes el producto de una larga elaboración histórica. Los pueblos o naciones, por medio de la disciplina de sus necesidades, sea de acuerdo a la teoría del *Contrato Social*, o de acuerdo con las de la violencia, lo cierto es que el Estado *resulta* y no se crea. En América el Estado fué una interposición violenta de formas políticas ajenas. El indio, primero, el criollo, después, miraron al Estado como símbolo de una intromisión. Jamás como obra suya. Tampoco después de la independencia política cambió el criterio. El Estado fué una trasposición literaria de

Francia o Estados Unidos, merced a la curiosidad libresca de algunos teorizantes y ganaderos o latifundistas. De ahí que el Estado se encuentre en absoluta incomunicación con las naciones en todo el continente. No es sólo problema de plutocracia; es asunto de definiciones, de rumbos históricos, de esencias. Y hoy, no sólo por contagio con la ebullición europea, sino como resultado de la crisis, el pueblo americano trata de hallar su clave estatal. Mientras disfrutó de comodidad no le interesó el problema. Hoy sí. La tentativa aprista, que cada día alinea más adeptos, es la primera síntesis político-social de un Estado americano. América pugna por formas auténticas, no por formas nuevas. Su reacción contra las formas estatales vigentes no es una insubordinación contra el orden viejo, sino contra el orden postizo. Lo viejo y lo postizo nunca han sido ni serán sinónimos, aunque se confundan en casos como este. Cuando miramos el panorama de las llamadas democracias americanas nos percatamos de que calcamos la democracia como quien se mete dentro de un jubón, pero que la democracia no fué el resultado de un proceso biológico como es la piel. La constitución de un Estado auténtico es ideal, aspiración y necesidad americana. Los constantes cambios de constituciones en nuestros países son fruto más que de apetitos, más que de inconstancia, de algo más hondo: el deseo implícito en todo hombre de hallar un rumbo. Conseguir contexturar un Estado de acuerdo con la nación: he ahí el problema. Los Estados europeos —sean el fascista, el comunista, el nazi, la democracia francesa— son resultados biológicos y, por lo tanto, movimientos de masas. Los nuestros son especulación de oligarquías. He ahí otra contradicción. Y el hervor actual demuestra que se trata de ajustar el ritmo de la marcha futura.

Habrán algunos que piensen que la religión y el arte como valores eternos escapan a tal relativismo y a tal contradicción. Error, simple error. También ellos caen dentro de la misma lógica de este proceso. Intentaré la presentación breve y objetiva del caso.

RITO Y LITURGIA SOBRE IMPULSO MISTICO

La religión tiene, entre otros aspectos, dos principales: fe o impulso místico, y liturgia o rito, en la que se exterioriza el sentimiento. Los primeros tiempos de toda religión son de fe, de sacrificio, de adoctrinamiento, de catequización heroica. Los catecúmenos, más que los catequistas, muestran su garra. Luego el rito perpetúa la forma de la fe. La liturgia le da solemnidad y atuendo. Entre nosotros la religión fué más exteriorista que otra cosa. Paso por alto asuntos básicos referentes al carácter fetichista del negro y la idolatría indígena. Me refiero tan sólo a la aparición del catolicismo entre nosotros. Y a este respecto es indispensable observar que también en materia religiosa empezamos por la forma y acabamos por conformar un fondo nuestro en la mística que ahora se levanta. No deseo generalizar ni parecer que generalizo, cuando, en realidad, no lo hago. Citaré algunos casos de diversas edades. Cuenta el Inca Garcilaso en sus *Comentarios Reales*, que los primeros catequistas se cuidaron mucho de conservar la música incaica de los cantares poniéndoles tan sólo letra cristiana. De esta manera mestizaban las dos civilizaciones... formalmente. En otra parte del mismo libro refiere Garcilaso que cierta tarde uno de los soldados españoles tropezó a la salida del Cuzco con una india que se alejaba de la ciudad. A lo lejos se oía el remoto tañer de una kena o zampoña. La india corría al peligro sin detenerse. Y el soldado, inquieto, la detuvo para preguntarle: —¿A dónde vas?, ¿por qué marchas tan de prisa? Y ella le dijo: —Déjame, déjame ir donde mi amor me llama, déjame correr el peligro, voy a donde suena la kena.—La música, poderoso instrumento —sobre todo en los pueblos serviles según Laprade— determinaba aquella aventura.

El catequista supo aprovechar de tal instrumento, y así empezó a conservar música incaica para letra española.

Y, por otra parte, mandó destruir los instrumentos musicales de los incas, a punto tal que, a raíz del primer concilio Provincial de Lima, el fraile Cristóbal de Arriaga se jactaba, con vana aunque significativa arrogancia, de la cantidad de tambores y trompetas incaicas que mandara incinerar para acabar, mediante la abolición del instrumento, con la fe que los inspiraba.

Esta significación de lo formal sobre lo esencial se patentiza en otros testimonios. Hacia 1712 vino por estas tierras un sabio viajero francés, Monsieur Amedie de Frézier. Pues, en *Relation du Voyage a l'Amerique du Sud*, cuenta que la fe en Lima era tan poco consistente que había muchos fieles dispuestos a asistir a procesiones y cortejos, pero poco dispuestos a ayunar en los días de cuaresma. Y un siglo más tarde el que fuera delegado de Bolívar al frustrado congreso anfictiónico de Panamá. Don Manuel Lorenzo de Vidaurre, escribía en sus *Cartas Americanas*, de 1822 a 1825, que la fe en los americanos es más ritualismo que sentimiento auténtico. Y, en fin, un hombre que pertenece al otro frente, un hombre por cuya obra puedo sentir acaso respeto pero de ningún modo adhesión, don Francisco García Calderón, escribe en *La Creación de un Continente* que la religiosidad americana es más paramental que otra cosa. Y en los últimos congresos eucarísticos hemos visto a más de un *pecador* connotado demostrar más fuego aparente y callejero que sencillas almas recogidas en el secreto de su auténtica fe. Todo esto, demuestra ritualismo, liturgia sobre el sentimiento; inversión también del camino de la religión; pero sobre aquel ritualismo se levanta una mística, como allá en los albores de los siglos III y IV, una mística política, religiosa o social, que junta a los espíritus, ascendra el sentimiento y define las actitudes con una verticalidad y un ímpetu admirables.

Otra vez nos hallamos con el espectáculo de una inversión del camino, con el espectáculo de un mundo al revés.

EN ARTE, MAS RAPSODAS QUE CREADORES

Ahora bien, en arte nos pasa algo semejante. Nuestro europeísmo ha sido rapsodia antes que creación. Pongamos algunos ejemplos:

En música ocurre que todo lo perdurable arranca del pueblo. Las más admiradas composiciones de los rusos son estilizaciones de cantos populares. Falla, Albéniz, Granados, alquitaran la inspiración del pueblo. Hay más de un impromptu de Schubert —como el que parafrasea la ronda infantil *Doncella del Prado*— extraído de canciones vulgarizadas. Pero, nuestros expertos musicales detestan lo popular. Se resisten a utilizarlo. Prefieren copiar temas europeos. Son Stravinskis chiquitos, Debussys en pequeño, Respighis criollos. Y dejan al margen de su labor la inmensa veta de lo popular. Sólo en algunos pocos países se ha iniciado un movimiento de auténtica búsqueda del alma popular y de su interpretación a través de la música. Pero, en la generalidad de los casos, el pesquisador de esa expresión carece de técnica, y el técnico carece de emoción profunda. La tarea del profesor germano-uruguayo Curt Lange es, en tal sentido, ejemplar; pero ella misma comienza por descubrir que nos queda todo por hacer. Una vez más el camino ha sido invertido. Y la contradicción esgrime su batuta por encima de nuestra vida toda.

En la pintura ocurre lo mismo. La pintura quiteña, pongamos por caso, alcanzó fama durante la Colonia porque representó la preocupación ultraterrena dominante en su época. Y copió el color deslumbrante de su atmósfera. Al cabo de los años, la preocupación humana no es ya el cielo sino la tierra, pero la pintura no evolucionó al par que la vida. Y la escuela quiteña quedó a la zaga. En cambio la escuela mexicana y la peruana han alcanzado rápido auge porque ellas interpretan su realidad, ahora, con un acento de primitivos, concorde con la aparición de una jerigonza barbarizante y autonómica, con una epopeya o cantar

de gesta en la novela, con una mística anunciadora, con un derecho nuevo, todo lo cual trasunta, sin duda alguna, el alborar de una cultura nuestra y nuestra actual posición de hombres de un nuevo siglo V, salvando quince siglos que tenemos que rehacer.

RECTIFICACION GENERAL DE LA MARCHA

No es necesario insistir en otros aspectos. Nuestra cortesía, nuestra urbanidad, nuestra arquitectura, nuestro problema racial serán tratados en la misma forma en que abordo los temas enunciados. Acaso sea un libro ambicioso. Trataré de darle el sustento de la erudición que constituye otro aspecto del mismo problema: el de nuestra ciencia y el de nuestra filosofía. Nuestros sabios son eruditos antes que creadores, y nuestros filósofos, caviladores antes que pensadores, porque no hemos tenido una cultura propia. Tal es nuestro drama. El drama de la ostra. El del mimetismo. El de la grey.

El deslumbramiento producido por Europa ha sido tremendo. Por seguir a Europa hemos invertido nuestro camino. Las contradicciones son patentes. Pero hoy, surge un nuevo espíritu. Asoma con fuerza innegable una cultura autónoma. Mis *Meditaciones sobre un mundo nuevo* tratarán de exponer con mayor amplitud las consideraciones que ahora resumo en unas pocas palabras finales:

América está en la inclinación de su etapa capitalista por la cual deberá transitar ya no calcando las modalidades europeas sino en la lucha por emanciparse del capital extranjero, de industrializarse y de realizar, al mismo tiempo, la justicia social; América, en esta alborada de su estructura, da vida a una epopeya, que es su novela, a través de la cual se encuentra un mundo nuevo: su mundo y el de su personalidad. América cancela sus formas políticas, y trata de que el Estado represente a la Nación, lo cual explica la dolorosa gestación de esta hora. América elabora un nuevo Derecho que vaya de la costumbre —realidad— al

código —texto. Amasa una mística social que reemplaza o coadyuva con la liturgia religiosa. Da vida a un lenguaje que integra el castellano materno, pero que se emancipa de la gramática para producir sus leyes peculiares.

EN EL UMBRAL DE LA GRAN TRANSFORMACION

Nos encontramos en el umbral de una gran transformación. Estamos cancelando una etapa de mera civilización, de mera forma. Nuestra esencia se rebela y se revela, jugando un poco con las palabras, aunque no con los conceptos. Creo indispensable señalar estos hechos de autonomía espiritual en la alborada del día nuevo. Si con ellos contribuyo a desarraigar el prejuicio europeísta me tendré por bien pagado. Si en la Argentina, en donde se ha vivido muy de espaldas a América, se ascendra este nuevo concepto, será mi mejor satisfacción y mi gloria más cara. Yo espero que en la Universidad de La Plata, de donde ha irradiado tanta luz sobre América, se dé principio al estudio sistematizado y previsor de los hechos que señalo. Y que a ustedes, mis jóvenes oyentes, y a ustedes profesores y colegas, les corresponde una labor prominente en la etapa que la crisis ha iniciado dura, pero felizmente: la etapa de nuestro reencuentro, de nuestra incipiente cultura y de nuestra autonomía total.

Luis Alberto Sánchez.

ASPECTOS ACTUALES DE LA FISICA NUCLEAR

Parece actualmente inevitable, que todo artículo sobre este tema empiece por recordar que el átomo está constituido por un núcleo central, cargado positivamente, en torno del cual gravita cierto número de electrones de carga negativa. La masa de estos últimos es prácticamente despreciable cuando se la compara con la del núcleo, y la carga de éste es igual, salvo el signo, a la carga total de los electrones. El átomo constituye así un sistema eléctricamente neutro, cuyas propiedades químicas y espectroscópicas dependen exclusivamente del número atómico; es decir: del número de electrones que el átomo contiene.

Se puede, pues, decir que toda la materia se reduce a electrones y núcleos. Los primeros, en el estado actual de nuestros conocimientos, se consideran iguales entre ellos e indivisibles en elementos más simples. Los núcleos, por lo contrario, además de ser de tipos muy distintos entre ellos, se nos presentan hoy día como agregados —algunas veces muy numerosos— de otras partículas: los protones y los neutrones.

El protón, no es otra cosa que el núcleo del átomo de hidrógeno; es decir: el núcleo más simple que se conoce. Está dotado de una carga positiva igual numéricamente a la del electrón y de una masa sensiblemente igual a la del átomo de hidrógeno. Adoptaremos la carga y la masa del protón como unidades para medir las cargas y las masas que intervengan en las consideraciones siguientes.

El neutrón es una partícula que —como lo dice su nombre— no tiene carga eléctrica. Su masa, es sensiblemente igual a la del protón, o sea —de acuerdo con la convención recién establecida— igual a la unidad.

Si se indican respectivamente por Z y por N el número de protones y el número de neutrones que integran un núcleo determinado se reconoce de inmediato que, dentro de las unidades recién establecidas, ese núcleo tiene una carga Z y una masa $Z + N$. Es decir: dar Z y N equivale a dar la carga y la masa del núcleo.

Las dimensiones espaciales de los agregados que se obtienen de este modo son —aún en el caso de los núcleos más pesados— unas diez mil veces más pequeñas que las dimensiones de los átomos. Para tener un término de comparación con los objetos que se presentan en nuestra experiencia diaria, debemos recordar que el átomo tiene dimensiones espaciales del orden del centésimo de millonésimo de centímetro.

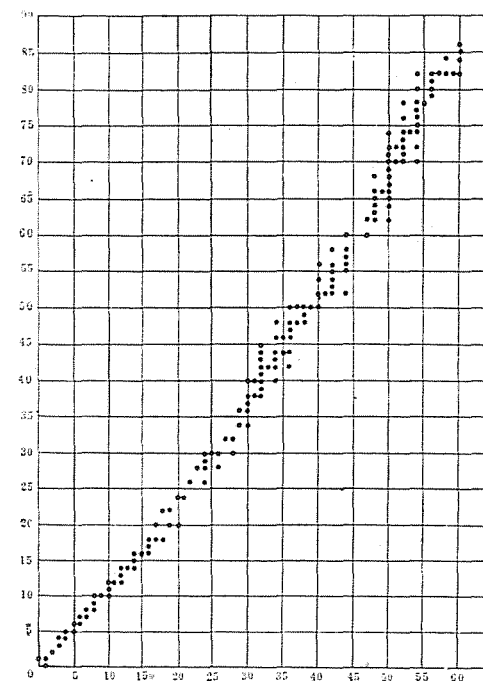
Como ejemplo de lo que se dijo hasta aquí imaginemos que se construya un núcleo con 13 protones y 14 neutrones. Se obtendrá una partícula dotada de una carga positiva 13 veces mayor que la carga del protón y de una masa igual a 27 unidades atómicas. Será el núcleo de un átomo de aluminio. El núcleo más complejo que se conoce es el del uranio, que está formado por 92 protones y 146 neutrones.

Las propiedades atómicas en su casi totalidad, especialmente las propiedades químicas y espectroscópicas, dependen de una sola variable: el número atómico. El sistema periódico de los elementos —constituído de un modo empírico— se explica hoy día completamente, en su estructura más íntima, por las teorías atómicas modernas: es un esquema en el cual los elementos químicos se han ordenado por su carga nuclear creciente. Dos átomos cuyos núcleos se hallan dotados de la misma carga pero que tienen una masa distinta, ocupan el mismo lugar en la tabla de Mendeleeff, y se les indica por esta razón con el nombre de isó-

topos. Químicamente esos átomos son indiscernibles y sólo es posible separar uno de otro utilizando métodos fundados en la diferencia de sus masas.



El problema de construir, para los núcleos, una tabla análoga a la que constituye el sistema periódico de Mende-



leieff para los elementos químicos, se plantea de un modo muy distinto al anterior, pues para fijar un núcleo determinado es preciso emplear dos números: el número atómico y la masa o, lo que es igual, el número de protones y el número de neutrones. Desde este punto de vista los núcleos de dos isótopos difieren tanto entre sí como los núcleos de dos elementos químicos distintos.

Se comprende, pues, que para ordenar las agrupacio-

nes nucleares sea menester una tabla de doble entrada. Actualmente, uno de los métodos gráficos más usados consiste en tomar como abscisas el número de protones y como ordenadas el de neutrones.

La figura adjunta muestra el gráfico, así obtenido, para todos los elementos de número atómico inferior a 60.

Como puede observarse los núcleos que existen en la naturaleza se agrupan a lo largo de una banda casi rectilínea, que parte del origen y forma un ángulo de 45° con el eje de las abscisas.

Hace dos años W. Heisenberg estableció las bases de una teoría nuclear que explica en sus líneas generales semejante comportamiento.

La idea fundamental de la teoría de Heisenberg, modificada en parte por E. Majorana, consiste en considerar un tipo particular de fuerza de interacción entre protones y neutrones que, junto con la fuerza coulombiana que se ejerce entre los protones, determinaría la estabilidad o inestabilidad de un núcleo en función del número de partículas que lo forman.

La vía que nos conduce a este concepto de la materia nuclear es muy larga y muy tortuosa. Es el fruto de la plétora de datos experimentales que han acumulado en estos últimos años, los físicos del mundo entero.



Después de descubierto el neutrón por Chadwick a continuación de las experiencias de I. Curie-Joliot y de F. Joliot y el electrón positivo por Anderson, Blackett y Occhialini, se realizaron muchas trasmutaciones. El sueño secular de los alquimistas tomó por primera vez forma concreta con lord Rutherford que, utilizando como proyectiles las partículas α emitidas por algunas sustancias radioactivas, logró —en el año 1919— romper el núcleo de nitrógeno transformando este elemento en oxígeno.

Las partículas α no son otra cosa que núcleos de he-

lio, es decir: agregados nucleares compuestos por 2 protones y 2 neutrones. Las sustancias radioactivas emiten estas partículas con una velocidad aproximadamente igual a un décimo de la velocidad de la luz.

Los resultados que Rutherford y otros obtuvieron por este método se limitaron a un pequeño número de casos. Estos últimos años, gracias al progreso de la técnica, ha nacido la posibilidad de utilizar como proyectiles, para bombardear la materia, partículas aceleradas artificialmente por medio de una diferencia de potencial del orden de un millón de voltios. Tomando como proyectiles tanto los protones como los deuterones se han obtenido resultados brillantes. Esta última partícula, recientemente descubierta, es el agregado nuclear más simple que se conoce; está formada por un protón y un neutrón y es el núcleo de un isótopo pesado del hidrógeno.

Sin embargo, el empleo de estas partículas no ha permitido desintegrar artificialmente más que elementos ligeros. A medida que crece el número atómico del elemento bombardeado crece la acción coulombiana debida a la carga nuclear, y esta acción llega a ser tan importante que impide a las partículas cargadas alcanzar el núcleo aún cuando estén animadas por una energía de varios millones de voltios.

Para evitar tal inconveniente se ha utilizado como proyectil el neutrón, es decir: la partícula privada de carga eléctrica. Los resultados obtenidos por este medio son de suma importancia.



Sea cual sea el proyectil empleado, las trasmutaciones nucleares de que hemos hablado hasta aquí son procesos por los cuales se pasa de un núcleo conocido a otro igualmente conocido; es decir: de un punto a otro de nuestro diagrama.

En estos procesos, como en general en todos los fenómenos nucleares, entran en juego cantidades enormes de energía.

La esperanza natural —y justificada— de que un día

se pueda explotar el núcleo para fines prácticos, como una reserva de energía, aumenta el interés puramente especulativo en este sector de la física moderna.

El año 1934 fué rico en resultados importantes. Entre éstos tiene un interés particular el descubrimiento de dos nuevos fenómenos nucleares:

El primero, según los investigadores que lo descubrieron —J. Chadwick y M. Goldhaber, *Natura*, agosto de 1934— es una especie de efecto fotoeléctrico. Este efecto se obtuvo al provocar una desintegración artificial; pero no por medio de un bombardeo de partículas, sino proyectando sobre la materia radiaciones electromagnéticas de mucha frecuencia, tales como los rayos γ del Th C". La experiencia realizada sobre el deutón (hidrógeno pesado) condujo a dividir esta partícula en sus elementos primarios: un protón y un neutrón.

El segundo descubrimiento a que hicimos alusión apareció en los *Comptes Rendus* de enero y pertenece a los esposos I. Curie-Joliot y F. Joliot. Observaron éstos, que cuando algunos elementos ligeros como el boro, el aluminio y el magnesio se someten a un bombardeo intenso de partículas α esas sustancias se hacen radioactivas.

Las sustancias radioactivas artificiales obtenidas por los esposos Joliot tienen, por lo general, una vida media de pocos minutos y —contrariamente a las sustancias radioactivas naturales— emiten electrones positivos.

Este fenómeno de radioactividad inducida se explica si se admite que los núcleos bombardeados con partículas α dan lugar a nuevos isótopos de elementos comunes; isótopos que son inestables y que, por lo tanto, se desintegran espontáneamente después de un intervalo de tiempo más o menos largo. La desintegración, que como ya lo dijimos se hace con emisión de positones —electrones positivos— da lugar a la formación de un núcleo ya existente en la naturaleza y por lo tanto estable. Esta explicación tiene su base experimental en el hecho de que los esposos Joliot consiguieron aislar químicamente las sustancias radioactivas que

se formaron como consecuencia del bombardeo con las partículas α .

Las experiencias fueron repetidas de inmediato, tanto en Inglaterra como en Norteamérica, por diversos experimentadores. Se confirmaron en ellas los resultados obtenidos por los esposos Joliot y se llegaron a producir nuevas sustancias radioactivas artificiales, utilizando como proyectiles protones y deuterones acelerados con diferencia de potencial del orden de un millón de voltios.

Sin embargo, todos los resultados obtenidos por esta vía sólo alcanzan un pequeño número de casos, elegidos entre los elementos más ligeros, como consecuencia de la repulsión electrostática que, aun para los elementos livianos llega a ser de tal orden que impide un contacto íntimo entre el núcleo y el proyectil.

Por esa razón, y por otras, a continuación del descubrimiento de los esposos Joliot, trató Fermí de producir sustancias radioactivas artificiales utilizando como proyectiles los neutrones.

Las primeras experiencias realizadas por Fermí sobre el fluor, el aluminio, el yodo, etc., dieron resultados positivos: las sustancias radioactivas así obtenidas —contrariamente a las de los esposos Joliot— emitían electrones negativos, al igual que las sustancias radioactivas naturales.

La eficacia extraordinaria de los neutrones para producir elementos radioactivos, se puso en evidencia cuando Fermí y sus colaboradores sometieron a un examen sistemático el mayor número posible de elementos. Sobre 63 cuerpos puestos a prueba 42 mostraron el fenómeno en cuestión. Entre ellos, varios elementos pesados como el iridio, el oro y aun el uranio, que es el más pesado de todos los elementos conocidos.



El hecho de que los electrones —o, como se dice generalmente, las partículas β — sean emitidas por los núcleos parece, a primera vista, estar en contradicción con el hecho de que los núcleos estén constituidos solamente por proto-

nes y neutrones. Es este, en efecto, uno de los problemas más importantes y más discutidos de la física nuclear.

Se debe a E. Fermi —*Nuovo Cimento*, enero de 1934— un ensayo de teoría para la emisión β de las sustancias radioactivas naturales y que se presta igualmente para explicar la emisión β de las sustancias radioactivas artificiales: la emisión de un electrón por el núcleo se debería a la transformación de un neutrón en un protón, transformación que podría producirse en determinadas circunstancias.

El proceso tiene entonces una cierta analogía formal con la emisión del cuanto de luz por los átomos. El quantum luminoso, no existe sino a partir del instante en que se efectúa en el átomo el paso de un estado cuántico a otro. Del mismo modo, si bien el electrón no existe en el núcleo, es emitido por éste, como consecuencia del proceso de transformación de un neutrón en protón, proceso que puede asimilarse a una transición entre dos estados cuánticos.

La emisión de positones que se produce en los núcleos radioactivos artificiales obtenidos por medio de un bombardeo de partículas cargadas, puede interpretarse como la consecuencia de un proceso inverso al anterior; es decir: la transformación de un protón en un neutrón.

Si se indican sobre nuestro diagrama de protones-neutrones los puntos que representan los nuevos núcleos radioactivos, se advierte una diferencia interesante entre los que se obtuvieron por bombardeo con neutrones y los que resultaron como consecuencia del bombardeo de partículas cargadas. Esta diferencia nos permite explicar, de una manera intuitiva, el signo distinto de los electrones que emiten:

Los puntos que representan núcleos obtenidos por bombardeo con neutrones se encuentran por encima de la banda de elementos estables. Para pasar de esta posición a la de un núcleo ya existente en la naturaleza deben emitir un electrón negativo, y ese proceso importa la disminución del número de neutrones y el aumento del de protones. En cambio, los puntos que representan núcleos radioactivos obtenidos mediante partículas cargadas se hallan por encima de

la banda de núcleos estables, y por consiguiente deben emitir un positón para situarse en la zona de agregados nucleares que existen en la naturaleza.

Mediante un gran número de experiencias químicas y físicas, Fermi y sus colaboradores lograron establecer —sobre el diagrama protones-neutrones— la posición de muchos radioelementos obtenidos por el bombardeo de neutrones. De ese modo se llegó a comprobar, en varios casos, la identidad de productos activos que provienen de elementos químicos distintos. En otros casos, por lo contrario, se observa que un elemento químico único, bombardeado con neutrones, sufre dos procesos diferentes y paralelos, que conducen a la formación de dos núcleos radioactivos distintos.

Las cosas aparecen más complicadas en el caso de dos elementos radiactivos naturales, el torio y el uranio, que bombardeados por medio de neutrones dan, probablemente, nacimiento a nuevas familias radioactivas.

Hasta hoy, sólo se ha estudiado con alguna detención el caso del uranio. Uno de los productos activos que nacen de este cuerpo cuando se le somete a la acción de los neutrones —producto que tiene aproximadamente una vida media de un cuarto de hora— no parece ser isótopo de ninguno de los elementos que existen en la naturaleza. Se trataría de un elemento nuevo, de número atómico superior al del uranio; es decir, superior a 92.

El caso del uranio es especialmente interesante, no sólo por la formación de este elemento nuevo sino además —y sobre todo— por la complicación y la multiplicidad de sus procesos moleculares, muy oscuros todavía.

La radioactividad artificial y, particularmente, la radioactividad provocada por un bombardeo con neutrones constituye un medio de mucha eficacia para estudiar estos problemas, y es posible que no esté lejos el momento en que las leyes de la materia nuclear nos sean totalmente conocidas.

E. Amaldi.

Traducido de *Scientia*, marzo de 1935, por G. R. Amorín.

EDUCACION

EL LIBRO EN LA ENSEÑANZA

La enseñanza sin libros

Hasta hace pocos años, todos los maestros del mundo parecían aceptar, sin vacilaciones, la utilidad de los libros en la enseñanza. La pedagogía clásica, sin destacarlo de un modo explícito, aceptaba que los conocimientos deben llegarle al alumno como consecuencia de una tarea complementaria del libro con el maestro.

Pero de pronto aparece en la pedagogía, junto con otras indicaciones del programa revolucionario de la *escuela nueva*, una norma docente que se enuncia de un modo claro y terminante:

"Para realizar su tarea educadora el maestro prescindirá del libro". Es lo que se ha dado en llamar el *aprendizaje sin libros*, que constituye una de las formas de la *enseñanza directa*.

En realidad, si algunas ilusiones no fueran tan comunes en los hombres de ciencia, se quedaría uno perplejo ante estos descubrimientos y prácticas renovadoras. Porque el método nuevo que se pretende introducir data de unos 2.500 años. La enseñanza sin libros se aplicaba en los gimnasios de la antigua Grecia, no porque sus cultores hubiesen notado que el libro era inconveniente en la tarea sino por una

razón bastante más poderosa: no existían libros (1) y era, naturalmente, la época de la enseñanza por la tradición oral.

Pero cuando la imprenta, al multiplicarlo, difundió el uso del libro creó un instrumento de aprendizaje que se incorporó al mecanismo pedagógico de un modo natural y simple, sin que fuere necesario buscar argumentos en su favor ni se requiriese para ello el voto conforme de algún concilio docente.

Si en aquella época hubiera existido la ciencia pedagógica ¡qué loas hubieran entonado sus cultores al nuevo descubrimiento —que entonces sí lo era— y al método que ese descubrimiento aportaba a la enseñanza! Podríamos fácilmente imaginarnos un pedagogo renacentista, tan impulsivo y exagerado como estos de la nueva escuela, en el momento en que levanta sobre su cabeza la diestra amenazadora, dispuesta a estrangular a todos los sistemas de la vieja pedagogía mientras surgen estas palabras de sus labios henchidos de saber:

"Es necesario enseñar sólo por los libros. El libro contiene siempre la verdad. Hay que eliminar de la escuela el *magister* pedante que se cree depositario único del secreto de los seres y de las cosas."

Decía que es frecuente entre los hombres de ciencia padecer ilusiones de novedad, y no advertir que casi todos los principios explicativos o normativos que se toman como nuevos aparecieron ya más o menos disfrazados en otra u otras épocas históricas. Creo que sería conveniente recordarles con respecto a este hecho —y a su explicación— las consideraciones profundas que hace Meyerson acerca de los caminos limitados e invariables de que la razón dispone para su acceso a la realidad.

Verdad es que muchas veces, cuando se desvanece la ilusión de novedad radical, se suele caer en otra: la de conceder al principio redescubierto una jerarquía más elevada

(1) Quiero decir: libros adecuados para la enseñanza.

que aquella que tenía el mismo principio en una época anterior (1). Tal vez sea esto lo que ocurre con el descubrimiento moderno de la enseñanza sin libros. Pero sea una u otra cosa los resultados prácticos son muy semejantes. A este último caso también le corresponden las consideraciones de Meyerson, cuya lectura detenida me parece un remedio eficaz para evitar algunas ilusiones que muchas veces pueden causar grandes males.

No quiero decir con esto que sea ilegítimo el acordarle distinto valor científico a una idea según las diferentes épocas en que esta idea hace su aparición. Puede suceder muy bien que los fundamentos primeros no sean válidos para adoptarla y lo sean, en cambio, los que la informan en una época posterior; con otras palabras: que en cada aparición los defensores de esa idea se hallan situados, como diría Vaz Ferreira, en un plano mental más elevado. Pero sostengo en cambio que, a pesar de ello, la idea que resurge no es una novedad ni un descubrimiento.

Un planteamiento indebido: el maestro sin libro o el libro sin maestro

La discusión de si conviene o no suprimir el uso de los libros en la enseñanza suele plantearse, de primera intención, en términos inconvenientes, sobre todo por los impugnadores del libro: parecería que se tratase de elegir entre dos sistemas que no pueden coordinarse: la enseñanza dada exclusivamente por el maestro y la enseñanza, también exclusiva proporcionada por los libros.

El maestro sin libros o el libro sin maestros.

No afirmo que el problema se formule explícitamente así. Al fin y al cabo un planteamiento de esta especie ten-

(1) Un ejemplo de esta afirmación: un artículo de divulgación científica publicado hace pocos días sostiene que el átomo de Leucipo o Demócrito fué una invención —un producto de la fantasía— mientras que el átomo de Dalton, el de Ampère y sobre todo los modernos de Rutherford, Bohr, Dirac, etc., son descubrimientos.

dría las ventajas de la claridad. Lo que realmente se hace es desviar y sustituir sus términos en la discusión. Se polemiza sobre los defectos y virtudes absolutas y comparadas que ambos sistemas poseen.

Si este problema, de índole normativa, se discute bien, se podrá llegar, en todo caso, a constatar la superioridad de uno u otro método —o la equivalencia de ambos— para cierto número de casos particulares, y será entonces posible la adopción de uno u otro según los casos que se presenten y según los grados de la enseñanza; pero de ningún modo se llegaría a establecer una opción general forzosa por uno de los métodos con exclusión absoluta del otro.

Más, poco importa la solución a que se pueda llegar. El problema no es este: nadie sostiene, como tesis general que el libro deba excluir al profesor. La oposición debe establecerse, en todo caso, entre la enseñanza dada de acuerdo con la norma clásica, en coordinación armoniosa del maestro con el libro, y la que defiende la escuela nueva: enseñanza por el maestro con exclusión del libro.

Libro + profesor *versus* profesor sólo.

Y en ese caso la batalla parece irremisiblemente perdida por los sostenedores de la innovación. Porque resultaría, en efecto, una tarea demasiado ardua llegar a demostrar que en todos los grados de la enseñanza el libro es por lo menos una cosa inútil, ya sea cuando se le utiliza como base previa en las explicaciones del maestro; ya cuando se le considera como un memorándum compendiado de éstas, bien cuando se le aplica en una serie de menesteres auxiliares, que todos los profesores conocen muy bien, y que tanto facilitan la tarea docente.

En realidad, en favor de la supresión del libro, no se perfilan argumentos ni siquiera de mediano valor lógico. Aparece en cambio, en la polémica, todo el repertorio de sofismas de confusión que enseña la lógica clásica: argumentos que prueban poco, que prueban demasiado o que están fuera de la cuestión... Veamos algunos de ellos.

**Una acusación grave pero injusta
y falaziosa**

El libro —exclaman con frecuencia muchos partidarios fervientes de la *enseñanza viva*— debe desecharse porque sólo es fuente de *enseñanza muerta*.

Naturalmente, más que un argumento, es esta una expresión literaria que cada uno interpreta a su gusto. Enseñanza viva y enseñanza muerta son términos equívocos que pueden encerrar los más diversos contenidos.

Es bastante corriente que al decir enseñanza muerta se quieran indicar los conocimientos que no interesan, ya sea por tratarse de cuestiones inactuales (problemas no vivos), ya de conceptos demasiado generales y abstractos; enseñanza que —en efecto— por ser inaplicable a lo concreto y actual, a la realidad de la vida, se le aparece al alumno como inútil. Esta falta de interés hace que los conocimientos adquiridos en el libro no logren romper la inercia mental del estudiante; que resbalen por su conciencia al olvido sin promover asociaciones ni establecer relaciones; sin que el alumno los comprenda y sin que, por lo tanto, amplifiquen de algún modo su "visión del panorama cósmico".

Es realmente una terrible requisitoria contra el libro; pero una requisitoria injusta y falaziosa. Se confunden en ella varias afirmaciones que conviene separar:

1º El libro trata temas inactuales. La acusación está mal dirigida (1). Debe, en todo caso, hacerse fuego sobre los programas de enseñanza. El libro didáctico, el texto, —si es adecuado— tratará los puntos que le marque el programa respectivo, y el profesor —si cumple con su obligación— tendrá que exponer en clase esos mismos puntos si ellos han sido programados.

Y además, de cualquier modo, si la afirmación fuera justa, si todo libro —por el hecho de ser libro— debiera con-

(1) Naturalmente, no me refiero a los malos textos. A quien se acusa es al libro en general.

tener fatalmente estas cuestiones muertas y el alumno estuviera obligado irremisiblemente a estudiarlas, nadie podría negar que junto con esos temas faltos de interés se encuentran siempre los puntos útiles y necesarios, que llenan la inmensa mayoría de las páginas, puntos que el alumno debe aprender, que son interesantes de por sí, o que se hacen interesantes por esa coacción educativa de que hablé en uno de mis artículos anteriores.

2º El libro no interesa al alumno. Las materias de estudio pueden ser interesantes o no por su contenido. Pueden serlo, además, por la forma de su exposición y hasta por el momento que se elige para estudiarlas, pero en ningún caso pueden ser interesantes o no, con carácter general porque vengan de un libro o de un conferencista (1). Sin embargo, este pensamiento parece deslizarse muchas veces, inconscientemente, en las argumentaciones de los enemigos del libro.

Por otra parte el interés no se halla propiamente en las cosas, en las afirmaciones que hace el libro o el maestro, sino en el espíritu que las percibe (2). Todo vive cuando en ello se pone vida. Los estudios más alejados de la época actual, hasta el *problema de los universales* —para citar un caso, al parecer extremo, que da Bloch como ejemplo de esta tesis— pueden ser interesantes para quien tenga vocación.

3º El libro no logra romper la inercia mental del alumno: Es indudable que el alumno, sobre todo el alumno muy joven, no saca del libro todo el provecho que podría sacar.

(1) La partición del interés no puede establecerse de un modo universal: el libro no es interesante, la dicción oral es interesante. Puede, cuando mucho, afirmarse que hay sujetos a quienes les interesa más lo que oyen; a otros les interesa más lo que leen. Depende del tipo de imaginación de cada uno. Pero esta observación no favorece ni perjudica la tesis que se discute.

(2) Hago esta afirmación de acuerdo con los términos psicológicos; dentro de la división convencional de sujeto y objeto, espíritu y naturaleza. Desde el punto de vista del dato inmediato experiencial esta afirmación podría no tener sentido. En realidad yo creo que es así.

El profesor comunica a su lección un calor, un interés, una vida en suma, que el texto escrito es impotente para comunicarle. Generalmente el estudiante, librado a sí mismo, es incapaz de realizar un esfuerzo mental profundo, sobre todo frente a aquellos conocimientos que no le interesan por vocación. Su atención necesita entonces un acicate constante que el maestro puede arbitrar en cada caso, pero que el libro no proporciona.

Y no se pretenda, dicen los cultores de la escuela nueva, sostener que el inconveniente no está en el texto sino en la idiosincrasia del alumno y que es a éste a quien deben censurarse los inconvenientes de su inercia mental. El hecho indiscutible es que, leyendo, el estudiante no aprende o aprende poco. Culpable el libro o el alumno, las consecuencias son las mismas. Y si es difícil corregir al alumno, es en cambio fácil eliminar el libro reemplazándolo por la enseñanza de viva voz.

Hay sin embargo en esta exposición una manera ilegítima de plantear el problema. En primer lugar, se supone que el maestro y el libro tienen la misma misión en la enseñanza y que sólo se trata de elegir a quien la desempeñe mejor. Y esto es falso.

El texto de clase es una recapitulación y un memorándum que cada alumno puede consultar en cualquier momento. Contiene lo que el profesor ha explicado ya, lo que está explicando y lo que explicará más adelante. El estudiante puede y debe consultar al maestro; pero la consulta a éste será siempre de un orden distinto a la del libro. En general, al maestro se le piden aclaraciones; al libro remembraciones. En muchos casos especiales —por ejemplo: cuando el alumno deba retener una definición, o una clasificación o una fórmula matemática, etc. que ya ha sido explicada por el maestro no importa con qué fin —será más eficaz la acción del libro que la del profesor. Además, en esos mismos casos resulta no sólo conveniente sino necesario que el alumno llegue a clase con cierta información adquirida por adelantado. Si en resumidas cuentas, esos conocimientos

deben ser retenidos en la memoria, y por lo tanto adquiridos con su expresión literal (1), no parece conveniente que sea el maestro vehículo único de semejante aprendizaje ya que, en primer lugar, ello supondría un derroche absurdo del tiempo, y en segundo el método sería de eficacia muy dudosa. Basta pensar las distintas lecturas o audiciones que la fijación de estos recuerdos exigiría para cada sujeto.

El tiempo y el trabajo del profesor en la clase se emplean con mayor provecho cuando se aclaran dudas, cuando se explican temas no del todo comprendidos, cuando se rectifican errores, que cuando se dictan fórmulas o definiciones para que el estudiante las aprenda de memoria, tarea esta que puede hacer por sí solo y con tiempo ilimitado.

Pero no sólo pueden adquirirse en el libro las expresiones que deben retenerse literalmente en la memoria. Es muy conveniente que el profesor dé sus explicaciones apoyándolas sobre un conocimiento previo del tema, conocimiento que los alumnos deben adquirir en el texto. El proceso de aprendizaje comprendería así tres momentos esenciales.

1º Los estudiantes adquieren en el libro la información necesaria. No tienen, para ello, el tiempo limitado como en la clase y cada uno puede realizar las lecturas que necesita de acuerdo con su distinta capacidad mnemónica e intelectual. Llegarán así a tener un cierto conocimiento del tema tanto desde el punto de vista de su retención como de su comprensión.

(1) No faltará quien opine que esta retención al pie de la letra configura poco menos que un delito docente. Pero no es así: las fórmulas, las definiciones, las leyes, etc., tienen generalmente expresiones literales depuradas por el uso que las ha hecho adecuadas, completas y precisas. Es difícil modificarlas sin caer en redundancias, en vaguedades o en incorrecciones. Por eso se les debe retener de acuerdo con su expresión literal. Esto no significa que el alumno no las comprenda y sólo retenga su contenido verbal, como el hecho de que una persona sea capaz de retener una poesía, no significa que no la entienda, ni que sea incapaz de gustarla.

Naturalmente, la retención literal sólo será necesaria cuando se trate de leyes, de definiciones, de fórmulas, etc. como dije en el párrafo anterior.

Pero además de esas expresiones a reternerse literalmente hay otros conocimientos que deben recordarse, si bien no de un modo literal: son los que generalmente se llaman material de registro, que ya traté en otro artículo (1). No se llega a la intelección adecuada de una verdad general, si no se tiene una información abundante acerca de los casos particulares en que esa verdad se funda; ni se llega al conocimiento completo de una cosa si no se conoce el mayor número —y si fuera posible la totalidad— de sus caracteres.

Esos conocimientos no necesitan ser mantenidos para siempre en todos sus detalles; pero deben adquirirse plenamente por lo menos una vez. Y esta es una tarea que el alumno puede realizar con facilidad frente al libro. Al mismo tiempo, el estudiante tratará de alcanzar los conceptos fundamentales; es decir: de comprender la lección. Naturalmente, la comprensión será sólo parcial.

2º Terminado el acto formal, lo que el alumno llamaría estudio de la lección, cierra el libro. Y tiene lugar entonces la segunda etapa del aprendizaje. Desde ese instante hasta el momento de la clase el educando debe reflexionar sobre lo que ha leído tratando de comprenderlo a fondo.

Comprender, ya lo dije alguna vez, es establecer relaciones de un conocimiento con la totalidad orgánica psíquica. Y esas relaciones aparecen a medida que se piensa en él. Por esta actitud reflexiva se continúa aprendiendo (2); se ponen en juego y se crean el hábito de la actividad des-

(1) Ensayos, diciembre de 1936, pág. 207.

(2) Es bien sabido que un tema se comprende mejor cuando ha transcurrido un cierto tiempo que inmediatamente después de estudiado. Lo comprueban constantemente los alumnos que se preparan para dar examen. Y esto ocurre aun en el caso de que la mente no trabaje en ese tema de un modo consciente. Parece haber un trabajo inconsciente que perfila los conocimientos y los relaciona. Ese trabajo se intensifica cuando se le realiza conscientemente.

cubridora, del esfuerzo espontáneo, y todos esos procesos mentales que tanta importancia tienen para la *escuela activa*.

3º Cuando el alumno llega a la clase comienza la tercera etapa del aprendizaje, con la intervención del profesor. La tarea realmente importante de éste consiste en aclarar, rectificar o ratificar lo que el estudiante ha comprendido; en ampliar sus puntos de vista; en indicarle las proyecciones posibles de las verdades adquiridas; en atenuar ese dogmatismo exagerado a que tiende casi siempre el espíritu juvenil. Y semejante tarea, que es relativamente fácil cuando el profesor actúa apoyándose en una preparación anterior del alumno, resulta difícil, lenta y poco eficaz cuando el trabajo previo falta en absoluto.

Por eso no me explico la oposición que le hacen algunos pedagogos a esa preparación adelantada del terreno educativo por vía del libro. Quizá ande aquí en juego, consciente o inconscientemente, cierta inclinación a la *peptonización* pedagógica, que tantas veces ha censurado Vaz Ferreira. Quizás se crea que no es conveniente suministrar al alumno material cognitivo sólo *parcialmente inteligible*; que el libro es ineficaz porque el alumno no lo entiende o lo entiende poco y mal y que el profesor debe, en cada caso, reducir los temas de estudio a un nivel exactamente medido por la capacidad de los educandos. Pero si se piensa así, se cae en una grave incomprensión que me parece necesario aclarar. Trataré de hacerlo, parcialmente, en las consideraciones que siguen.

El libro es parcialmente ininteligible

Todo tema tratado en un libro, y hasta si se quiere el libro entero, es en cierto grado ininteligible para el alumno. Cualquier profesor lo puede constatar diariamente en su clase. Habría que preguntarse si esta incomprensión parcial por parte del alumno es motivo suficiente para desplazar el libro de la enseñanza. Para responder de un modo ade-

cuado será necesario, antes que nada, estudiar las razones que originan esa incomprensión.



Desde luego debe descartarse la inercia o pereza mental de que adolecen no sólo la generalidad de los estudiantes, sino aún la inmensa mayoría de los hombres. La reflexión sostenida, el pensamiento profundo parecen ser algo doloroso e ingrato que el hombre rehuye si no se siente apremiado enérgicamente desde afuera, por los acontecimientos, o desde adentro, por sus propias inclinaciones o por su interés.

Que el libro no se entienda porque el lector no se toma el trabajo de entenderlo, es algo que compete a la educación de la voluntad y no del entendimiento. La manera como podría educarse esa voluntad para sobreponerse a la pereza natural del espíritu no puede caber en este artículo. Ya hice, con anterioridad, algunas alusiones a este problema.

De cualquier modo, esta objeción de la inercia mental no alcanza sólo al libro; puede formularse con respecto a cualquier fuente de información.



Naturalmente, debe descartarse también en el estudio el caso de los textos que resultan inadecuados, ya sea porque son realmente malos y equivocados como libros ya porque no se adaptan al medio ambiente experiencial.

He recordado repetidas veces que entender es relacionar. Entender una verdad general es relacionarla principalmente de dos modos: con otras verdades generales que la explican o con los casos particulares que la fundamentan.

Ahora bien —y concretándonos a la segunda manera— los libros didácticos suelen mostrar como ejemplos, para alcanzar la comprensión, casos que son familiares y corrientes para los alumnos del país y de la época en que el libro ha sido escrito; pero que muchas veces no son familia-

res ni corrientes para los estudiantes de otros países en que el texto puede ser adoptado. Para estos alumnos resulta así tan obscura la fundamentación como el conocimiento que deben fundar. Si para ilustrar una descripción general de Geología, de Botánica, de Zoología o de Geografía Física se recurre a ciertos ejemplos corrientes en los libros europeos, como el de la piedra de sillería, las particularidades de las hojas de la encina, o la descripción del topo, o de la nieve, nuestros escolares difícilmente podrán entender algo, puesto que lo que se propone como ejemplo es algo perceptivamente desconocido para ellos.

Y tal vez esté aquí, digámoslo de paso, la razón más importante, que nos lleva a pedir textos nacionales para el uso de nuestros alumnos. Esta exigencia, que muchas veces formulan nuestros profesores, no es el resultado de un patriotismo vanidoso. Es la consecuencia de constatar diariamente la inadecuación del libro extranjero para nuestro medio. Y no se trata sólo de inadecuación de contenido; existe además una inadecuación formal: los hombres de cada país y de cada época tienen una cierta modalidad de ideas, un estilo de pensamiento particular que difícilmente pueden captar los extraños en todos sus matices, y máxime si ellos son principiantes.

Pero lo que acabo de decir no es un defecto intrínseco del libro sino de ciertos libros. Cualquiera se percata de que esas causas, que dificultan la comprensión, se eliminan fácilmente.



Más difíciles de eliminar son los inconvenientes que derivan del propio lenguaje. Existe seguramente en todos los países —y en el nuestro en grado excesivo— una diferencia marcada entre el lenguaje que se habla corrientemente —y aún el que se escribe en los sueltos de periódico— y el lenguaje académico del libro. No se alteran sólo los vocablos; se modifica toda la expresión del pensamiento. Es

una diferencia de léxico y de sintaxis que, incluso, admite variantes según las localidades; que difiere en la ciudad y en el campo.

Nuestro lenguaje popular (1) es, como alguien lo ha dicho, una especie de jerigonza bárbara hecha a partir de un castellano deformado por multitud de giros y vocablos extranjeros y autóctonos. Muchas veces la significación de las palabras españolas se ha cambiado de tal modo, que un castellano auténtico se ve en apuros para entenderlos.

En las provincias interiores argentinas, y en general en todos los países hispanoamericanos, ocurre lo mismo si bien la intervención de otras lenguas —por lo menos de origen europeo— se hace sentir menos.

Semejante estado de cosas —que muchas veces ha hecho pensar a algunos en la posibilidad de crear un *idioma americano* o *indoamericano*— conspira de un modo claro contra las posibilidades que tienen los estudiantes de interpretar el libro.

Los alumnos desconocen en gran parte el vocabulario castellano. Si bien esta ignorancia es de orden universal, ella afecta más profundamente al joven que recién está haciendo su aprendizaje. Nuestros compatriotas se manejan corrientemente con pocas palabras que combinan en variadas perífrasis y así, mal o bien, se entienden. Utilizar un lenguaje más completo o más correcto provoca generalmente sonrisas irónicas: es *hablar en difícil*. Como consecuencia de ello el libro que naturalmente no pueda ajustarse a una expresión tan pobre, resulta parcialmente ininteligible para el alumno. Y esta dificultad para entender es tanto mayor cuanto menor sea la práctica de lectura que se haya hecho, ya que para comprender una frase el estudiante debe comenzar por *traducir* la expresión del libro al lenguaje con que habitualmente piensa.

Pero, si para evitar esas dificultades se rechaza el libro

(1) Me refiero, no solamente al nuestro, de Montevideo, sino al lenguaje corriente en todas las comarcas situadas a orillas del Plata.

sustituyéndolo por la enseñanza exclusiva del profesor, ¿se exigiría a éste que adapte por completo sus expresiones al bajo nivel del lenguaje infantil y, si viene al caso, utilice el lenguaje deformado de nuestros centros de diversiones populares?

Todavía se les presenta a los estudiantes otra dificultad para comprender el contenido del libro, dificultad que parece estar muy próxima a la anterior. Consiste en la ignorancia de conceptos o de objetos en cuyo conocimiento reposa necesariamente la intelección de otras verdades.

Cualquier conocimiento —salvo los directos perceptivos y dudosamente las llamadas ideas primeras— depende de otros conocimientos anteriores, unas veces más y otras veces menos generales que aquél. El alumno que comienza su aprendizaje encontrará, por fuerza, grandes vacíos en los conocimientos que debe aplicar para entender con claridad el tema que estudia. Admitir lo contrario sería suponer que ya nació con cierto grado de cultura.

Los partidarios de la escuela activa parecen suponer que la actuación del profesor evita por completo este inconveniente o, por lo menos, lo atenúa hasta hacerlo prácticamente insensible.

Sin embargo, resulta difícil entenderlo así. El profesor podrá, sin duda alguna, hacer una digresión en su clase, ya sea para explicar el significado de un término, ya los conceptos o los objetos necesarios para la intelección de aquél. Pero esa tarea será naturalmente limitada; sólo se dispone para ella del tiempo de la clase, y la explicación tendrá necesariamente que dejar lagunas en la comprensión del alumno. Será forzoso detenerse dentro de ciertos límites, pues de lo contrario se recorrería, hacia atrás, una serie indefinida de conceptos y sería cosa de no acabar. Si se pretende que los conocimientos del alumno progresen no es posible mantenerse eternamente en el mismo círculo.

Además, esos vacíos que quedan en la preparación no son tan graves y generalmente se van colmando de un modo insensible a medida que avanza el aprendizaje. Si a veces parecen graves, es porque se piensa que la marcha de la enseñanza pueda hacerse apoyando los nuevos conocimientos sobre otros que ya fueron totalmente comprendidos. Pero esta idea es sólo una vana ilusión.

El conocimiento no avanza sobre verdades definitivamente conquistadas; crece por la acción mutua de las distintas adquisiciones cognitivas

Muchas veces, cuando se ordenan los programas para la enseñanza de una asignatura se discute el lugar que debe darse a las generalidades: ¿Se estudiarán como una introducción a la materia? ¿Serán más bien una conclusión de aquélla?

Por un lado parece que no se podrá entender bien lo concreto y particular del cuerpo de la asignatura sin la aplicación interpretativa de sus principios generales y abstractos o, por lo menos, de algunos de ellos. Por otro, estos principios —sin el soporte de lo concreto— quedan reducidos puramente a su expresión verbal y son, por lo tanto, ininteligibles.

Al parecer se estaría en un círculo sin salida; pero en realidad este modo de plantear el problema, que en definitiva sería una aplicación del argumento escéptico de la *ignorancia*, sólo podría sostenerse si se pretendiera que el alumno llegara, en cada caso, a la intelección exhaustiva y definitiva de un conocimiento.

Desde el punto de vista docente no hay por qué encarar las cosas así: cada adquisición cognitiva será, desde luego, imperfecta, imprecisa, limitada y hasta, si se quiere, provisoria; pero a pesar de esto servirá siempre para aclarar otras nuevas. Estas últimas ejercerán cierta acción sobre la primera y la aclararán a su vez. Aclarada la primera adquisición cognitiva ejercerá nuevamente su influen-

cia sobre las otras y el proceso se repetirá así por una serie de interacciones sucesivas.

Se desarrolla, de este modo, un proceso continuo de crecimiento en la totalidad de los conocimientos. Cada conocimiento es, a la vez, causa y efecto de la amplificación de los demás. Proceso psicológico del que pueden hallarse fácilmente analogías en distintos sectores de la técnica o de la actividad humana.

Así, en el mundo físico, ese proceso psicológico podría compararse con la serie de acciones sucesivas que se ejercen entre el inductor y el inducido, hasta llegar al funcionamiento pleno de una dinamo en marcha. El magnetismo remanente del inductor hace que al rotar el inducido se produzca una corriente de poca intensidad. Esta corriente excita los electroimanes del inductor y aumenta la intensidad del campo magnético con lo cual crece a su vez la intensidad de la corriente que genera la dinamo. La acción mutua del inductor y el inducido se repite así de un modo indefinido hasta llegar al funcionamiento pleno de la dinamo.

En el orden económico podría hallarse algo análogo a ese proceso psicológico en la influencia recíproca de la producción y la desocupación; y aun podrían encontrarse ejemplos en el orden social donde, como lo ha observado Rauh, la cultura va creciendo a través del tiempo por la acción que los hombres superiores ejercen en su medio. Al elevarse el nivel de éste se producen, por su influencia, nuevos conductores, de mayor capacidad, que más tarde ejercerán su acción elevadora sobre el propio medio que los produjo.

Sufren, pues, una ilusión, quienes creen que la marcha gradual de la enseñanza puede hacerse partiendo de conocimientos anteriores totalmente comprendidos.

Cuando se pasa de un nivel a otro quedan siempre debajo muchas cosas que no alcanzan a entenderse y que sólo más tarde, cuando se hayan adquirido conocimientos nuevos, se perfilarán de un modo más neto y se entenderán con mayor claridad. Y es precisamente esta idea la que a

mi juicio hace legítima la enseñanza cíclica; enseñanza que en rigor, cuando se establecen comparaciones geométricas, no debe compararse con una circunferencia sino con una línea helicoidal que asciende continuamente pasando muchas veces frente a los mismos puntos.

Por eso aquella vieja idea pedagógica de Vaz Ferreira, la idea de lo parcialmente inteligible, me parece mucho más importante de lo que la considera su propio autor. No habría expresado con ella una simple norma ventajosa, susceptible de practicarse o no. Sería uno de los principios prácticos generales que hacen posible la enseñanza. No es sólo que convenga enseñar temas parcialmente comprensibles; se trata de una necesidad ineludible; de algo que no podemos evitar; no estamos capacitados para proceder de otro modo.

A mi juicio Vaz Ferreira hizo aquí un importante descubrimiento psico-pedagógico.

Pero entre tanto, con esta larga digresión, me parece que he dejado un poco olvidado el libro. Sin embargo debo hacer todavía algunos argumentos en su defensa. Serán el tema del artículo próximo.

E. Zum Felde

NOTAS

EL ARMAMENTISMO COMO EFECTO DE LA ALARMA INTERNACIONAL

Los hechos antisociales provocan la alarma social. Y ésta será tanto más acentuada cuanto mayor y más clara sea la peligrosidad de aquellos hechos.

Y este proceso, de fácil y accesible observación en cada una de las sociedades políticas que son los Estados, se cumple igualmente dentro de la más vasta sociedad internacional.

En la lenta y dolorosa evolución sufrida por esta última, durante el curso de su desarrollo, la terminación de la Gran Guerra, marca y señala una etapa perfectamente bien caracterizada.

A la vieja concepción individualista va a suceder el principio de la solidaridad; y todo se orienta en el sentido de sustituir la política de alianzas del equilibrio, por la organización de la seguridad social.

Adoctrinados por la tragedia, los Estados parecen comprender que es necesario renunciar al dogma de los *intereses vitales*, para reconocer el vital interés común del imperio del orden jurídico.

Hay que renunciar también, y como lógica consecuencia, al ilimitado derecho de guerra, para colaborar, en cambio, en el establecimiento de la asistencia social.

La unidad económica y espiritual del mundo exige que por encima del ciudadano o nacional de cada Estado, se acepte a la persona humana como un valor de más alta finalidad.

A la era pues, de la soberanía del Estado, como último y máximo intérprete y juez de sus propias conveniencias, debía suceder la era de la soberanía social y solidaria de la norma jurídica común. La soberanía de la fuerza, en síntesis, iba a ser reemplazada por la soberanía del derecho.

Y no sólo se proclaman los nuevos principios, sino que reciben expresión concreta y definida en nuevas instituciones y en la creación de órganos propios de la comunidad internacional.

Dentro de este nuevo estado de cosas, la defensa de cada uno de los Estados ya no debería estar librada a sus propias fuerzas materiales.

El armamentismo entonces, debía ser desterrado. El nuevo régimen ofrecía otras garantías sustitutivas, basadas esencialmente:

- 1º en la concepción de la solidaridad humana;
- 2º en el repudio de la ley de la fuerza;
- 3º en el imperio del orden jurídico;
- 4º en la seguridad social o colectiva.

Veamos ahora, en una forma muy general y somera, cuál ha sido la estabilidad de estos fundamentos del nuevo régimen.

* * *

La concepción de la solidaridad humana hubiese requerido, en primer término, el abandono progresivo del *nacionalismo*. Sobre todo del que se presentaba en sus formas más agudas.

Sin embargo, dentro de este aspecto, la realidad ofrece un panorama desconsolador.

Ha vuelto a cobrar entidad casi mística, el ideal antinatural de la autarquía económica.

Una profunda crisis determinó la defensa rudimentaria de las barreras aduaneras, como primer acto de una guerra económica franca y decidida.

La lucha no se circunscribe en el manejo de los obstáculos al tráfico del comercio internacional, sino que abarca el sistema de la producción por la vía de los *trusts* y los *cartels*, y la conquista de los mercados por el *dumping*, la reducción de salarios, el aumento de las horas de trabajo.

El nacionalismo económico se desarrolla y fortalece en virtud de una política no sólo de profunda rivalidad, sino también a costa del sacrificio de los pueblos rivales, y sobre todo de los económicamente inferiores, que le son tributarios.

No es éste, por cierto, un ambiente propicio para que se afiance y consagre la concepción de la solidaridad humana.

Y al nacionalismo económico es preciso agregar todavía el nacionalismo étnico.

Esta teoría, llevada en Alemania a sus grados más extremos, plantea y provoca graves problemas.

En primer lugar, el de la correspondencia entre la unidad política y la racial.

Luego la persecución apasionada y trágica contra determinadas razas.

Y crea, así mismo un espíritu de rivalidad, al que se unen determinados estados de conciencia respecto a la superioridad de la propia raza,

a la que, una propaganda *dirigida* la señala como predestinada para la dominación mundial, y con un verdadero derecho natural o divino, fundado en esa propia superioridad.

Existe una circunstancia que agrava el problema, y es que a nadie se oculta que se desarrolla una acción sistematizada para crear el mito racial, como instrumento de todo un plan que obedece a designios políticos de dominación.

Estos hechos de fácil comprobación, son profundamente antisociales. Afectan en su esencia la concepción de la solidaridad humana, que puede concebirse como edificada sobre el pensamiento que anima la frase del estoico: por el hecho de ser hombre, me siento ciudadano del mundo.

* * *

Decía que el segundo fundamento del nuevo régimen internacional establecido después de la Gran Guerra, consistía en el repudio de la ley de la fuerza.

Esta base también se ha visto afectada, por diversas manifestaciones, de orden material las unas, de orden espiritual las otras.

Pocas palabras serán suficientes para comprobarlo. Bastará recordar el incidente de Corfú, el caso de Manchuria, la guerra de Etiopía.

Desde el punto de vista espiritual, la cuestión adquiere proyecciones más vastas y peligrosas.

No se trata siquiera de la doctrina del *hecho concluido*, sino de algo más importante. La seguridad internacional exigía el desarme espiritual que sólo se alcanzaría extirpando del contenido de la conciencia humana toda idea o tendencia que admitieran el derecho de la fuerza y la revisieran del signo distintivo de la superioridad.

Sin embargo aparecen y actúan filósofos y conductores cuya acción está encaminada directa y deliberadamente a fortalecer aún más esas ideas y tendencias.

En efecto, oigamos a Spengler, en *Años de decisión*: "Por poco que se sepa de los acontecimientos del futuro, es seguro que las fuerzas que nos impulsan no serán otras que las del pasado: la voluntad del más fuerte, los instintos sanos, la raza, la voluntad de propiedad y de poder. Y por encima de todo esto, pero sin efecto, pasan los sueños, que siempre seguirán siendo sueños: justicia, felicidad y paz."

Y todavía: "Los grandes animales de presa son criaturas nobles, de la especie más perfecta y sin la hipocresía de la moral humana, que proviene de la debilidad."

En lugar del repudio de la fuerza, se inculca así la idea de renuncia a la justicia y a la paz, y se señala el único camino del triunfo para el más fuerte, que debe inspirarse en los grandes animales de presa, más

nobles y más perfectos que los hombres que ajustan su conducta a los principios de la moral, atributo o marca distintiva de los débiles.

Oigamos ahora a Mussolini: "El fascismo rechaza el pacifismo, que oculta una huida ante la lucha y una cobardía ante el sacrificio."

"Sólo la guerra lleva al máximo de tensión todas las energías humanas e imprime un sello de nobleza a los pueblos que tienen el valor de afrontarla."

En lugar de su repudio, la fuerza se nos aparece aquí, como teniendo fin en sí misma, y elevada a la categoría de suprema virtud.

Y no olvidemos ahora, que las últimas palabras transcritas, pertenecen a un hombre que gobierna dictatorialmente a un pueblo de muchos millones de habitantes, y que se encuentra hoy sometido a un plan de movilización integral para el acrecentamiento máximo de su poder militar.

Convengamos, pues, en que la alarma social internacional está harto justificada.

* * *

En cuanto al imperio del orden jurídico, se puede afirmar que, con sólo las causas hasta aquí indicadas, tiene sus propios cimientos afectados.

El derecho, dice Ramsay Muir "debe ser considerado no simplemente como la voluntad del más fuerte, sino como un ensayo para acercarse a la regla de la justicia absoluta."

"La ley, ha dicho Schiller, es la amiga del débil."

Pero, según acabamos de ver, el débil no tiene derechos frente a la fuerza, cuyo símbolo se concreta en los grandes animales de presa, que son criaturas nobles, de la especie más perfecta.

Por otra parte, la guerra, erigida en suprema virtud, impone la ley del más fuerte, y será su voluntad la que exprese las fórmulas de la justicia.

El imperio del orden jurídico internacional se basa esencialmente en el respeto de los Tratados.

La realidad histórica del presente, nos demuestra que no es posible confiar en esa preciosa garantía, respecto de varios miembros de la comunidad internacional.

Japón, mediante el empleo de la fuerza, provoca y lleva a cabo la desmembración de la Manchuria. Viola el Tratado de las Nueve Potencias, el Pacto de la Sociedad de las Naciones y el Pacto Briand-Kellog.

Italia, por la vía de la guerra, realiza la conquista de Etiopía. Viola el Acuerdo de 1906, viola el Pacto de la Sociedad de las Naciones, viola el Pacto Briand-Kellog.

Alemania ocupa militarmente zonas desmilitarizadas, quebranta los límites impuestos a su poder militar, y no sólo lo hace, sino que emplea diez mil millones de marcos oro en un formidable plan armamentista.

Viola reiteradamente el Tratado de Versalles. Al mismo tiempo se escuda en la doctrina del *hecho cumplido*.

Esta doctrina no tiene otro significado que éste: es preciso admitir toda nueva situación creada por un hecho realizado, sin examinar la legitimidad de tal hecho, y aun cuando se haya llevado a cabo con violación de claras normas o deberes jurídicos.

El valor de la ley internacional como garantía de seguridad queda así aniquilado.

* * *

El tema de la seguridad social o colectiva, es de capital importancia, tratándose del armamentismo.

Las conclusiones del año 1924, han sido definitivas. En ellas, el desarme aparece supeditado o condicionado a la seguridad.

Pero, este concepto de seguridad se había transformado después de la Gran Guerra.

Antes, en realidad, la vida internacional consagraba el principio de la justicia privada. Porque, aun partiendo del concepto de la *guerra justa*, el beligerante era juez y parte, y se hacía justicia a sí mismo. No obstante, dice Regout, las reservas prudentes de la doctrina, es el beligerante que decide soberanamente si su propio derecho ha sido violado de una manera cierta, grave y obstinada, si todos los procedimientos de solución pacífica son inexistentes o inoperantes, y es aún, el beligerante, quien decide soberanamente, en caso de victoria, cómo deben ser ajustadas las equitativas conclusiones de la guerra.

No obstante, agrega, todos los riesgos y todos los abusos inevitables de la justicia privada, es un mal necesario, y se justifica como el mal menor en una sociedad desprovista de organismos legales para la justicia represiva.

La existencia misma de este régimen, sólo se explica y se excusa por la ausencia de garantías más racionales, más normales, más eficaces para la tutela y protección del derecho de todos y de cada uno.

Pero este régimen pierde su razón de ser desde que la comunidad que lo practica pasa del estado inorgánico al estado orgánico, y adquiere instituciones de justicia represiva.

Si la comunidad internacional, agrega todavía el mismo autor, se vuelve orgánica y posee, contra los transgresores de la paz, un sistema eficaz de coerción, con jueces y gendarmes, aquel régimen de justicia privada se ve anulado.

A la justicia privada se sustituye la justicia pública. Contra los transgresores del derecho y de los bienes de los otros, el restablecimiento del orden violado se realiza, no ya por la guerra de un Estado contra

otro, sino por medio de una ejecución o de una coerción colectiva por autoridad de justicia.

Esa es la transformación que se ha pretendido operar. A la seguridad subjetiva, basada en las propias fuerzas, y en la posición de cada parte de juez y gendarme, se la ha querido reemplazar por una seguridad objetiva de tipo social, basada en órganos de justicia de la comunidad, cuyas decisiones estarían garantizadas por la coerción colectiva.

Los Estados, pues, renuncian, en realidad, a ser los jueces únicos y privativos para apreciar cuándo y en qué forma son heridos en sus derechos o intereses, y esa facultad la delegan en los órganos de la justicia internacional.

Y el empleo de la fuerza, para el restablecimiento del derecho, deja de ser una función privada, para convertirse en una función de policía social.

Frente a esta concepción, que podríamos llamar, de la seguridad objetiva, veamos cuál es la que expone un teórico máximo del fascismo: el doctor Francisco Coppola, Profesor de Política Internacional de la Universidad de Roma.

Expondré su idea central, tomándola de su comunicación a la Conferencia de Altos Estudios Internacionales.

Dice el doctor Coppola: "Desde luego, la seguridad no es un hecho objetivo, sino un hecho subjetivo; no es un hecho material, sino un hecho psicológico; mejor, es un sentimiento."

"Es perfectamente concebible que en un cierto momento de su historia, un pueblo, una nación, un Estado, no se sienta en seguridad, y que experimente una necesidad poderosa, primordial, de sentirse seguro. Es su derecho, pero es también su hecho. ¿Por qué medios, cómo y cuándo este Estado se sentirá en seguridad? Hay allí una apreciación subjetiva por excelencia, que le pertenece exclusivamente, pero que, justamente por eso, no puede ser el objeto de una regla fija y menos todavía de una garantía universal, de un estatuto universal."

"Por otra parte, no se podría comprender qué es una seguridad objetiva, absoluta."

"En efecto, la apreciación de sus elementos, que son de todo orden, materiales y morales, y por tanto su definición misma, es, no sólo difícil prácticamente, sino imposible teóricamente. No puede, pues, haber seguridad objetiva, absoluta, sino solamente una seguridad subjetiva y relativa, o mejor, un sentimiento y una necesidad de seguridad."

"Es perfectamente natural y legítimo que un Estado se esfuerce en dar satisfacción a esa necesidad primordial, y aun que haga de esta satisfacción, la premisa de toda su política internacional. Pero esta satisfacción no puede asegurarla nada más que por sus propios medios: sea llevando, hasta que pueda, su propia fuerza a un nivel que

"le parezca suficiente, sea agregando a su propia fuerza, por acuerdos particulares, la de otros Estados cuyos intereses particulares coincidan con el suyo. Es decir, sea por una política militar, sea por una política de alianzas particulares, sea por las dos reunidas."

Nótese cómo se trastorna por completo el sistema de la seguridad social.

Dentro de la concepción de Coppola, cada Estado es el único juez, privativo y exclusivo, no sólo acerca de las condiciones que deben llenarse para su propia seguridad, sino que lo es también, y con las mismas características para apreciar, *por qué medios, cómo y cuándo ese Estado se sentirá en seguridad.*

Obsérvese que a la satisfacción de la necesidad subjetiva de seguridad se la convierte en *primordial*; se la califica de *natural y legítima*, y de qué manera afirma que sólo puede obtenerse por sus propios medios: los de una política militar.

Esta posición del profesor de la Universidad de Roma, comienza por descartar la posibilidad de que los Estados débiles satisfagan sus necesidades de seguridad, a no ser por medio de alianzas con Estados poderosos a cuya tutela tendrían que estar sometidos.

Véase que, luego, el sometimiento a un orden jurídico, lo sustituye por la ley suprema o primordial de la satisfacción de las necesidades de seguridad que cada país *sienta* en cada momento de su historia, y que en la acción encaminada al logro de esa satisfacción, sólo estará limitado por sus posibilidades militares.

Supongamos, pues, que un Estado poderoso, A, *siente* en determinado momento que su seguridad depende de la posesión de un territorio que pertenece a un vecino débil, B.

La seguridad del Estado B, no estaría protegida por un régimen jurídico que consagrara el principio de la integridad territorial, sino que estaría a merced de la fuerza del Estado A, que es el que única y privativamente decide que la posesión del territorio de B es una necesidad primordial para su seguridad.

Del contexto de la opinión transcripta se desprende, lógicamente, que en la satisfacción de la necesidad subjetiva de seguridad, nada importa la violación del derecho de tercero.

Esa satisfacción, según lo afirmado, sólo será alcanzada por los propios medios, es decir, por una política militar, lo que equivale a proclamar la legitimidad de la violencia material o moral.

Lo inquietante de la situación es que existen grandes Estados que ajustan su conducta internacional a esa tesis, que conspira abiertamente contra otra de las bases esenciales del nuevo régimen internacional.

* * *

¿Cómo se podría entonces confiar en la eficiencia de la seguridad objetiva, social o colectiva?

Sólo reuniendo una fuerza común, que puesta al servicio del orden jurídico, fuese muy superior a la que pudieran disponer los eventuales o posibles agresores.

Pero, sería preciso la universalización de los órganos de la justicia represiva internacional, y que la mayor parte de los países adoptaran el principio enunciado por el Gobierno suizo: *la causa justa, es la causa de todos*.

Tendrían que renunciar por tanto, a la actitud de indiferencia de la neutralidad.

Esto es obra de los pueblos.

Mas, para que los pueblos se impongan el sacrificio que supone la beligerancia contra el agresor tienen previamente que contestarse en forma satisfactoria a estas preguntas: ¿por qué y para qué me sacrifico? ¿a quiénes, en último término, ha de beneficiar nuestro sacrificio?

* * *

Excedería de los límites propios de esta nota, el examen y análisis de las causas que explican la existencia de todos los hechos antisociales que acabo de pasar en breve revista; por hoy baste el haber destacado su realidad innegable, el peligro que significan y la alarma que provocan.

El armamentismo se alimenta con esa alarma justificada, y con ese peligro cierto.

Alberto Domínguez Càmpera

¿COMO IMPEDIR LA GUERRA?

(FRAGMENTO)

Estamos todos de acuerdo para ensanchar nuestro frente de batalla, haciendo entrar en él a todas las fuerzas democráticas y proletarias de paz, de progreso y de libertad. No estamos ya para las disensiones intestinas, donde se consumió durante demasiados años la mejor energía de nuestros ejércitos. Se trata de reconstituir la unidad del Gran Ejército, contra la coalición, próxima a desbordarse, de las fuerzas de explotación y de opresión, sostenidas por la sombría masa de los oscurantismos del pasado. Nuestro trabajo actual es, ante todo, de disciplina y de coor-

dinación en nuestras filas. ¡Hágase sitio en ellos, para el combate —pero según un plan estudiado en común— a todos aquellos de los diferentes partidos de izquierda y de extrema izquierda; de los sindicatos ahora reunificados, de las masas del pueblo obrero y de las campañas, del proletariado y de la pequeña burguesía sacrificada, cuyos ojos se han abierto ahora!

¡Que los intelectuales reivindiquen su puesto, que debe ser el primero en los peligros de la batalla! Pues la batalla que se libra es también la de la inteligencia amenazada, contra la más negra reacción. En esta lucha de la inteligencia, es preciso que los pueblos estén interesados. Hay que anudar lazos más estrechos entre los libres intelectuales y el pueblo. Ha pasado el tiempo en que los primeros debían contentarse con la estoica resistencia del *uno contra todos*, de la independencia intelectual del aislado, que consigue bien o mal salvar su libre conciencia. Era ese un consuelo desesperado e irrisorio de los vencidos. Es necesario vencer, y lo necesario será. Pues lo necesario es más que una voluntad de individuo o de grupo que se rebela contra un destino: es la ley misma del desarrollo histórico, es el destino. —¡Intelectuales, no hablemos más de independencia reservada para algunos privilegiados! La libertad del espíritu, también, es indivisible. Ella es para todos. La Revolución en marcha se envuelve en los pliegues de su bandera. ¡Que resuenen, unidos, los himnos de la antigua y de la nueva epopeya, —la *Liberté chérie* y *La Internacional*!

Camaradas, en el dintel del gran combate en que estamos empeñados, pensemos en aquellos de entre nosotros que han caído ya bajo los golpes del enemigo, en aquellos que están aún en sus manos, en aquellos que, encerrados en las prisiones del mundo, sufren valientemente por la defensa de nuestros ideales. —a cualquier partido político y social a que pertenezcan: comunistas, socialistas, pacifistas, revolucionarios, opositores de conciencia, republicanos que continúan fieles al ideal de los Derechos del Hombre de 1789, cristianos sociales que continúan fieles contra la Iglesia al ideal del Evangelio.— todos aquellos que han combatido y que han caído por la paz y por la libertad, por la Unión universal de los trabajadores. Pues somos uno en el combate y todas las víctimas en el combate, todos los heridos, todos los amenazados son nuestros. Los reivindicamos a todos por igual.

Romain Rolland

(Trad. de E. Petit Muñoz).

CARTA A ANNIE MEWES

La carta a Annie Mewes que Rainer María Rilke escribiera en las circunstancias a que en ella hace referencia, permanece inédita hasta diez años después de la muerte del poeta: 29 de diciembre 1926/36.

Creo que la presente es la primera traducción al castellano de este documento, en el que el autor de los "Sonetos a Orfeo", aborda la agitada contemporaneidad, con grave tristeza, pero con certidumbre. (Una sola injusticia, acaso, a señalar, en la alusión que se hace de la revolución espartaquista, al identificarla con el crimen de la guerra, condenando, sin establecer distinguos, a ambos movimientos bajo el común denominador de "la vieja inconsciencia"). Este mensaje vuelve a los hombres de hoy, tan perdidos en el fárrago transitorio, desde los umbrales de la Muerte, con la misma naturalidad con que los espectros penetraban, leves y simples, en las anchas estancias de Malte. En nuestra lengua, apenas se mantienen, pálidos, los conceptos y pierde el carmen original; pero bien vale la pena difundir este documento por lo que hay en él expresado de fe íntima en el destino del hombre, más allá de toda lucha, de todo hervor, de toda fluyente estratificación social o política. — Luis Giordano.

München Ainmillerstrasse 34-IV el 19 de diciembre de 1918.

Mi querida Annie Mewes:

No, no puedo decir que desde ésta pueda informaros de nada agradable. Con el pretexto de una gran subversión sigue trabajando la vieja inconsciencia y se vanagloria de sí misma bajo la roja bandera. Es terrible decirlo; pero todo esto está tan lejos de la verdad, como lo estuvieron los manifiestos que llamaron a la guerra. Ni ésto ni aquéllo son producto del espíritu. El llamado espíritu, también en este caso, se presentó después del acontecimiento y, como en el año 1914, pudo solamente

"ponerse al servicio de", lo que, hay que convenir, no resulta muy jactancioso para el espíritu. En los primeros instantes, todos detuvimos el aliento: ocupados en recoger la paz, deslizósenos entre las manos, rompiéndose en mil pedazos, por lo que nunca la vimos entera, en cuerpo y alma. Era lo que necesitábamos, justamente: representarnos su grandeza, su pura grandeza, después de la confusa monstruosidad de la guerra. No puedo sino constatar con la más íntima pena que ahora luchan aquí esfuerzo contra esfuerzo solamente y que aquellos seres que fueron sacados, como por solución, del más inmediato pesar, resultan precipitados hacia nuevos pesares exclusivos y que, desaparecidos simultáneamente los conceptos de guerra y paz, ha sobrevenido un acontecimiento inominado, en el justo momento en que más necesidad teníamos de acostumbrarnos, de nuevo, a lo familiar y seguro. Junto a todo esto, hay la seducción por el diletantismo político que quiere inducir a los hombres a probar fortuna fuera de sus conocimientos y ejercicios más habituales e introducir una experiencia donde podría llegar a obrar, exclusivamente, lo más sabio y reflexivo.

Mi débil esperanza en un nuevo y puro recomenzar (para el que faltan, ahora, por cierto, aun las fuerzas más naturales) no se ha esfumado del todo. Sin embargo, debo vigilarla cuidadosamente como a una plantita, pequeña y hasta dudosa. Esto me permite observar cómo mi clima interior se ha tornado frío y sin sol!

Los hombres que, también aquí, se han reunido abundantemente, me han inspirado terror en conjunto: individualmente, cuando alguno ha sido explícito, ha estado muy cerca mío y enterneciéndome. En particular quienes vinieron del frente, estafados de casi todos los signos de un retorno.

Pero, a pesar de todo... a pesar de todo! Cuán lleno de esperanza se vuelve el hombre solo! Qué real, que bien intencionado, qué rico! Si miramos, después, la loca y turbia muchedumbre no se puede comprender cómo el individuo se pierde en ella, casi sin dejar huellas...

Espero que no encontréis el almanaque "Insel" antes que os lo envíe. Si el Correo no es demasiado lento, estará en vuestras manos en Navidad. Si me alegro por los días festivos, es porque pienso arreglármelos de modo más solitario que la mayoría de las últimas semanas. Si estuviérais aquí, deberíamos pasar una larga tarde juntos, lo que no anotaría como una visita, sino como un voluntario y natural unísono conmigo. Y estoy seguro de que, justamente, el más triste sería el que más consuelo diese. — Vuestro

Rilke.

Trad. de Adam F. Pauly.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

LEANDRO CASTELLANOS BALPARDA: ONCE MADERAS. Amigos y admiradores de Leandro Castellanos Balparda editan esas maderas. Es quizá la primera vez que se realiza entre nosotros, —ambiente hosco y no sensible para tales manifestaciones de arte,— una edición xilográfica de esta categoría.

Sería pueril querer descubrir a Castellanos Balparda, bien conocido ya por su obra anterior, hecha pública en exposiciones y reproducciones en diarios y revistas del Río de la Plata. Digamos algo, pues, sobre estas once maderas últimas.

Fino espíritu de artista, recio espíritu de hombre, así es Castellanos. No se diría, al verle cruzar, enjuto Quijote, un si es no es desgarbado, tan metido en sí mismo, que es un artista que aunque lleva la mirada en ensañación, va sintonizando con ojos y oídos los clamores del mundo. Se creería que va presuroso a encerrarse en su torre y en el goce personalísimo de su labor de orfebre. Pero Leandro Castellanos es dueño de una sensibilidad completa y ha sido tocado por la visión de la injusticia entre los hombres, y ve en continuada desviación el fiel de la simbólica balanza.

Ese tema y variaciones. Así titula sus once maderas. Pero hay algo, dentro de esa variación, que todos llevan y que, en nuestro sentir las unifica y las explica: ese número 36, que es cifra y clave. Porque indica que las once maderas han sido roturadas en ese mal año de 1936, que marcará en la historia fecha de honda crisis para el idealismo y la justicia en el mundo. En sus comienzos se hizo lamentable realidad, con el quebrantamiento de la Sociedad de Naciones, un triunfo momentáneo de la fuerza sobre el derecho. En sus mediados, la traición contra el pueblo de España, la bárbara irrupción de las fuerzas reaccionarias.

Así han surgido en ese año 36, sentidas, vividas, las maderas de Castellanos Balparda, haciendo gritar al rebelde que hay en él. Al realizar sus trazos, ha sentido sobre sí mismo la opresión de la bota de los militares intentando sofocar la llama de la cultura. Ha visto —serie de magníficas visiones llevadas al claro-oscuro con maestría insuperable— alzarse los sables por sobre las muchedumbres proletarias. Asiste,

y nos da una muestra que es estampa de amargo humorismo, a un congreso de las fuerzas reaccionarias de España, con asno y caracoles, iglesia y soldado.

Pero ese mal año 36 le trajo también, con la traición y el desaliento, la esperanza del triunfo del pueblo que ha vivido una epopeya sin igual en la historia. Y así surgieron las estampas de la buena nueva, los cañones herrumbrosos con las bocas hacia abajo y la multitud de trabajadores triunfantes en camino hacia la luz; la anunciación de los días mejores que habrán de venir. Y el Alba. Castellanos alcanza a ver, —en la lobreguez del momento,— la luz del alba. Y esa luz suave, tamizada, inspira su magnífica madera.

Alba de España, aurora del mundo. El pueblo que avanza, —rostros de españoles,— es inundado por las primeras claridades. Hay dolor en las caras, —el pobre pueblo ha sufrido mucho,— pero hay voluntad en la multitud que sigue su bandera con manos abiertas y puños cerrados. El alba está en esa extraordinaria figura central de madre que ha sufrido y que es la primera a la que la nueva luz da de pleno. Hay finura de trazo, matiz, un juego maestro del claro-oscuro, una mágica y suave inundación de luz.

Pero todo eso es lo que hay en las once maderas y en toda la obra de Leandro Castellanos. Quizá esta estampa magnífica, —Alba,— marque la culminación en la labor del artista. Porque con la técnica insuperable, aparece junto a él, el hombre con la preocupación y la angustia de todo lo que es humano.

Guillermo García Moyano.

ALEJANDRO C. ARIAS. — ENSAYOS. — Salto, 1936. — Como estudioso de temprano vuelo, como concursado de notoria preparación, conocíamos al autor de este libro que la S. D. L. S. publica, cumpliendo una encomiable misión de cultura. En sus páginas adquieren fijeza algunas enseñanzas impartidas desde la cátedra de Literatura, y con ellas llega a nosotros el ritmo actual de un espíritu que puede hacer suyo el apotegma goetheano: *cada paso debe ser una meta, sin dejar de ser un paso.*

Goethe, José Asunción Silva, Stefan Zweig. Trabajo de estudiante dedicado a los estudiantes, el primero; de divulgación el último, anota el autor. Sin embargo, la riqueza de aquel plástico estudio, modelado en escorzo de Goetz a Fausto; el acopio informativo, la selección de juicios penetrados de honda esencia vital y de citas certeras como motivación de ambiente, descubren un caudal ya lejano de sus fuentes de origen y acrecentado por múltiples fluencias. Se constituye así un género de literatura pedagógica, indispensable por su poder reactivo y fermental al tiempo de transponer los límites áridos de los textos; cuando es preciso tomar altura sobre el cruce de caminos libres, sin la mecánica de las

lecciones aprendidas y sus esquemas empolvados a través de las décadas. Psíqueo de modernidad que ilumina y colora el paisaje interior; agudeza en el pensamiento, autoridad en su ética depurada dentro de una noble concepción del héroe humano.

La obra transparente una labor refleja de cultivo *en clima de saber*, credencial de ajena experiencia como salvoconducto a la entrada de la vida, y el más eficaz enrase de superación según la sentencia de Renán: *Nos igualamos a lo que comprendemos*. No por ello falta la posición personal en un terreno donde tan arduo es salir con ecuanimidad de los surcos ya trazados; ni el fervor que arrebola las páginas consagradas a Ifigenia y Mignon; la frescura de los pórticos recorridos con Hermann y Dorotea bajo la mirada sonriente de las Musas. Como el escritor de su dilección, gusta sumergirse plenamente en los maravillosos hontanares de la emoción y de la vida.

Es sensible la rapidez con que se han transpuesto tiempos decisivos, tales como el desenlace de Fausto. Y la composición, a veces no elaborada en el grado que a su contenido corresponde.

El animado panegírico de Zweig, sus adjetivaciones capitales; el estremecimiento vibrante en el comentario de José A. Silva, trascienden nuestra afinidad y conocimiento de los temas para permitirnos formular justas valoraciones.

En nuestro medio literario, los *Ensayos* de Alejandro C. Arias acreditan la cultura de una mente nutrida, hermanada a una sensibilidad fina y consciente para las gestas en los caminos del espíritu.

Alicia Goyena

ca, dentro de la unidad sistemática de su pensamiento, — la respuesta, digo, no puede ser otra que el desarrollo integral de su doctrina, en la cual, la solución de cada problema particular, si verdaderamente ha de ser una solución filosófica, tiene que estar ligada con el resto, debe entrar como momento interno en el total desenvolvimiento, del mismo modo que la función de un órgano, sin dejar de contribuir a la vida de todo el organismo, no puede realizarse sino en relación de dependencia con el todo orgánico de que forma parte.

Lo cual no impide por cierto que el pensador trate de expresarse brevemente y en cuanto sea posible en lenguaje común, claro y sencillo; y para conseguirlo tiene que empezar aceptando el sentido o la significación habitual de los términos del vocabulario corriente; pero le será imposible evitar el tener muy a menudo que romper el superficial involucro del contenido ideológico de muchas de esas palabras, sea para depurarlo, sea para enriquecerlo; y esto importa siempre modificar poco o mucho el sentido o significación habitual de aquellos términos.

Entre tanto, y mientras no haya llegado el momento en que el espíritu del lector logra entrar por fin de lleno en la corriente del pensamiento del filósofo, el verdadero sentido de sus palabras no puede ser debidamente interpretado, y se darán entonces, según los autores, de que se trate, dos casos opuestos de interpretación igualmente equivocada.

Descartes, por ejemplo, parecerá más fácil de entender de lo que es en realidad, y Hegel dará la impresión de ser un escritor oscuro y nebuloso, sin que verdaderamente lo sea.

Sin embargo, tanto el uno como el otro van derechamente a su objeto: a lo que quieren expresar. Piensan y expresan en un solo acto, único e indivisible; usan un lenguaje igualmente diáfano, sus palabras no son lo que los trajes que cubren y atavian el cuerpo, no son una veste exterior del pensamiento, el cual sólo existe en cuanto está

incorporado a las palabras, al discurso, a la expresión en la que únicamente puede tener vida real y efectiva.

Descartes — es muy cierto — se expresará en lenguaje corriente y libre de tecnicismos. El novicio que lo lee encuentra fácil su lectura y entiende bien, sin duda, lo que entiende, esto es; en el grado y la medida en que lo entiende, y cree quizá haber penetrado hasta la médula misma del pensamiento cartesiano. Ilusión, sin duda, también, porque cuanto mejor lo haya entendido, si es novicio y estudioso, menos tardará en sentir la exigencia de nuevos esfuerzos para poder transformar aquella primera visión intelectual de la doctrina, en quimo y quilo y sangre al fin de su organismo intelectual.

"Pienso, luego existo", dice Descartes. Oh! qué sencilla y fácil esa deducción; casi se dirían superfluas tantas y tantas reflexiones como ha gastado el filósofo para llegar a establecer este principio.

Y sin embargo, en esa breve fórmula se condensa el fruto de los esfuerzos de un genio en toda una vida consagrada al estudio y la meditación, y muy lejos de ser una simple deducción o un argumento silogístico como lo entiende el novicio, — y no sólo los novicios — es al decir de Giovanni Gentile, la construcción de un nuevo concepto de lo real, ignorado por toda la filosofía anterior a Descartes, concepto del ser que el pensamiento realiza al realizarse él mismo, concepto de la realidad como conciencia de sí, el pensamiento mismo vivo, actual, que busca el ser, y en cuanto lo busca lo realiza.

Y es que por toda la obra de los grandes pensadores se extiende siempre la pulsación de una misma y única vida espiritual inextinguible; y podemos, por eso mismo, tener un indicio infalible de haber comprendido bien una doctrina, cuando en cada una de sus diversas partes y aún en cualquiera de aquellas sus breves fórmulas sintéticas, como la del ya citado "cogito" cartesiano, sentimos repercutir, para decirlo así, un mismo y fundamental pensamiento; porque según lo he dicho en otra ocasión, citando a Bergson, —

e interesa repetirlo aquí — todo filósofo digno de tal nombre, no ha dicho más que una sola cosa; la ha dicho de mil modos diferentes, tratando de mil diversas cuestiones particulares; pero toda la complejidad de su doctrina no viene a ser otra cosa que la incommensurabilidad entre su intuición simple y los medios de que disponía para expresarla.

No hay en eso una simple figura retórica; se trata por lo contrario, de un hecho real y positivo, que tiene su confirmación también en todo orden de la actividad espiritual. ¿Acaso cuando suenan, por ejemplo, las últimas notas de una sinfonía de Beethoven, no sentimos esas notas finales como compenetradas e impregnadas de las armonías y los motivos melódicos que han venido sucediéndose en el peregrino desarrollo de toda la obra musical?

Quien sin haber leído a Dante, sin haber penetrado, quiero decir, en ese mundo de alta y sublime fantasía que es su Comedia, quisiera gustar solamente la lectura de algunos de sus más hermosos tercetos, los encontraría sin duda admirables, experimentaría quizá intensa emoción poética; pero no llegaría seguramente a sospechar el estremecimiento de gozo, la deslumbrante fulguración de belleza que puede suscitar en el lector un solo verso, aquel, por ejemplo, que dice *dolce color d'oriental safiro*, cuando lo lee imaginando rever la luz del día después de haber seguido al poeta en toda su dolorosa excursión por los círculos infernales.

Y eso que pasa en el dominio del arte, por la real compenetración de las imágenes en la unidad viva de una sola intuición estética, se produce igualmente en el campo de la especulación filosófica por el nexo interno de las ideas en la unidad orgánica del pensamiento.

EL ARTE COMO EDUCACION FILOSOFICA INTUITIVA

(Trabajo leído en el Salón de Actos
Públicos de la Universidad de Montevi-
deo, el 9 de Octubre de 1926, bajo los
auspicios del "Centro Cultural Liceo
Nocturno").

Debe presuponerse de quien ascienda a esta honrosa tribuna, que tiene algo que enseñar. Pero como no hay regla sin excepción, es justo que alguna vez ocurra lo contrario.

Nada podría yo enseñar aquí, donde se congrega nuestra más elevada cultura y mucho menos en materias que, si bien siguen mereciendo toda mi devoción, todo el entusiasmo con que en mi juventud las amé, no han sido objeto, desde muchos años a esta parte, sino de esa admiración desde lejos que en manera alguna reemplaza al estudio continuado y preferente.

Mi presencia en este sitio no ha de interpretarse, pues, sino como un acto de simpatía; un testimonio de adhesión y solidaridad, con los jóvenes estudiosos que se han impuesto el bello deber, la misión magnífica de fomentar la cultura nacional.

Y si alguno objetara que mis abundantes cabellos blancos me inhabilitan para incluirme entre los jóvenes, yo contestaré que la juventud y la decrepitud no guardan siempre la misma relación con los años vividos, pudiendo también referirse a estados de espíritu que no son mera cuestión

de pigmento. En el peor de los casos, dando de barato que las canas tengan una significación única e inequívoca en cuya virtud haya de considerarme apartado de los jóvenes, de las actividades juveniles, de las aspiraciones juveniles, me quedaría aún lo de estudioso como vínculo afectivo con los jóvenes *estudiosos*. Creo que esta condición, ni aun los menos amables entre cuantos me conocen osarán negármela, y ese amor al estudio espero conservarlo floreciente hasta la claudicación definitiva de mi corteza cerebral.

Se me pide una conferencia sobre *Arte*, y profano de todas ellas, me es dado abordar su estudio desde un punto de vista general, en el estilo que contemporáneamente se ha denominado "ensayista", *menos* la erudición de que suelen hacer gala los cultivadores de ese género.

—Podías excusarte, —se me dirá— puesto que confieras no hallarte capacitado para el desarrollo de tales materias.

—¡Sin la menor duda!... y quizá hubiera sido lo mejor. Pero es que yo soy un enamorado de la sabiduría, y quien de veras la ame, está siempre pronto para servirla con devoción.

Trabajar por la cultura, aportar un esfuerzo, por modesto, por insignificante que sea, a la difusión de las luces, es servir a la sabiduría. ¡Imposible, pues, negarme a colaborar en una obra cultural!

Naturalmente... contaba con vuestra benevolencia.

Y... he aquí que ahora me sorprende cometiendo una doble falta: la de hablar de mí mismo, inmodestia aun cuando sea para formular las más modestas salvedades, y la de hacer preámbulos, que más que falta es sobra.

Hace algunas décadas, el sabio Du Bois-Reymond, entonces rector de la Universidad de Berlín, después de historiar la marcha de la civilización, señalando los peligros que a su juicio la amenazaban, exclamó:

"No es a propósito para tranquilizarnos, la indiferencia general y siempre creciente de la juventud, hacia todo lo

que no tenga una utilidad inmediata y evidente; hacia todo lo que no produzca y no ayude en el camino material".

Por mucho tiempo, esta lamentación continuó siendo cada vez más justificada, y en nuestro medio, el mal también se manifestó, aunque más tarde. Por fortuna, hoy se opera una promisoriosa reacción que me llena de júbilo. Revelan vitalidad magnífica los centros culturales; surgen iniciativas en pro de la investigación original y del estudio sin inmediatas miras profesionales; en las mismas profesiones científicas, va eliminándose el mercantilismo, y la enseñanza se está orientando a tono con las nuevas aspiraciones, nobles y generosas, de la juventud.

Pues, el fundamento de la cultura —y me refiero al promedio de ella alcanzado por un pueblo— consiste no tanto en la instrucción meramente intelectual y profesional que se esparce de sus instituciones didácticas, como en la infiltración progresiva de sabiduría "asimilada" a la vida colectiva. Esta sabiduría comprende y exige necesariamente cierto saber, pero el saber por sí solo no la constituye, y aun puede ocurrir que un exceso de intelectualismo sea contrario a la sabiduría, la inhiba y perjudique en cierto modo, así como el alimento en demasía pueda dañar a la buena nutrición.

La diferencia entre *saber* y *sabiduría* es clásica y guarda paralelismo con la que existe entre *instrucción* y *educación*. Escoto Erigena llama *Scientia* al conjunto de las ciencias, para distinguirlas de la Filosofía, que denomina *Sapientia*. Esta sabiduría es intuitivamente asimilada y guarda proporción con el desarrollo de la facultad respectiva, lo que podremos llamar la "intuitividad" de un pueblo, o de una raza. Luego veremos cómo la "intuitividad" es puesta en juego muy particularmente por el principio emotivo, y de ahí que el arte sea, precisamente por su influencia sobre dicho principio un factor efficacísimo de cultura intuitiva, porque el carácter esencial de la Filosofía estriba en proponerse la realización de la sabiduría, usando para ello del saber tan sólo como un medio instrumental.

Cuando le reconocemos a alguien un espíritu filosófico, no es porque nos sorprenda con un cúmulo de citas, poniendo a contribución a numerosos autores sobre determinada materia, ni que esos autores sean antiguos o de cualquier tiempo, ni tampoco que se invoque muy variadas o numerosas ciencias: lo que nos resulta filosófico es la actitud interpretativa, es decir, una predominancia del ser, que en vez de reducirse casi exclusivamente a mero receptáculo de impresiones, se vuelve *agente*, se hace un principio activo que las elabora y extrae de ellas una esencia. En otros términos, la actitud filosófica es esfuerzo por penetrar más allá de la simple apariencia, ya seamos llevados a ejecutarlo, por disposición propia de nuestro espíritu, o por el examen comparativo de varias opiniones o de los datos de las ciencias particulares.

Lo que yo llamo disposición del espíritu a la actitud filosófica es la posesión de una intuitividad o facultad de intuición que tiende a la realidad profunda, verdaderamente objetiva de las cosas y es sobre esa disposición o sobre esa facultad que yo admito en el arte una influencia educativa.

Si he de explicarme inteligiblemente, preciso ante todo establecer el significado que atribuyo a los términos fundamentales de que he de servirme. Arte es, en la más general de sus acepciones, el conjunto de reglas necesarias y suficientes para ejecutar cualquier menester con perfección: hay un arte del baile como lo hay de la cocina. Yo, al hablar de Arte, me refiero principalmente a la manera de interesar a nuestro principio emocional, por la reacción que le es propia en presencia de la belleza; a los medios y métodos de obtener esa reacción poniendo de manifiesto la belleza, ya sea por creación o por imitación.

Distínguense las *bellas artes* de las demás, es decir, las que no serían bellas. No concibo por mi parte una realización artística sin belleza. Pero de todos modos, el arte que va a dar las normas o cánones para la perfecta ejecución de las cosas, es arte subordinada a un fin que no está en ella misma, y hay que creer que si la frase "El arte por el

arte" significa algo, no podrá tratarse de un arte que no realice nada o nada exprese, pues esto no puede ser, sino arte que se proponga, además de la perfección morfológica, o de las modificaciones que han de imprimirse a la materia empleada, la perfección o por lo menos el perfeccionamiento del espíritu. (Debo declarar entre paréntesis, que en el curso de este estudio, empleo la palabra "espíritu" y sus derivados en la acepción vulgar y de ningún modo en el sentido técnico que le doy en mi obra "La Constitución del Ser").

Una cosa ejecutada con perfección puede ser menos artística que otra imperfectamente realizada, pero en la cual haya estímulos más eficaces para despertar la emoción. Hay también muchos grados y clases de emoción; y será tanto más artística una obra, cuanto más pura, fina, desinteresada y sublime, sea la emoción que despierte.

El criterio eubiótico (eubiótico = lo favorable a la vida) de que el hombre dejando de crear aras donde inmortalarse, utilice toda la actividad de que es capaz en el perfeccionamiento de la vida; en la mayor realización de perfección y felicidad; es aplicable ¡qué digo! debe ser aplicado al arte, y entonces, lejos de hacerlo consistir tan sólo en la perfección de las cosas, se lo hará estribar en nuestro propio perfeccionamiento por medio del perfeccionamiento de las cosas. La obra de arte por excelencia para el hombre *será el hombre mismo*, pero en cuanto "alma", no en cuanto animal, porque el animal humano con todas las maravillas que de él nos revelan la anatomía, la fisiología, la histología y hasta la antropología, con psicología experimental inclusive, no explica el enigma de la autoconsciencia ni siquiera el porqué de la vida o su finalidad.

En el más primitivo protoplasma viviente, hallamos las mismas funciones esenciales que en el metazoario o en el metafito más complejos. Esa diversidad de tejidos y de órganos; esa progresiva complicación hasta lo inconcebible; ¿es un progreso? Si nos atenemos al mero hecho de vivir es más bien un retroceso, como lo observa con toda sa-

gacidad Rodolfo Eucken, a quien volveré a citar más de una vez en el curso de estas páginas. En efecto, realizar "lo mismo" por medios mucho más complicados, no es un progreso. Este es admisible únicamente si aceptamos que esa complicación creciente, no tiene por objeto realizar "lo mismo", esto es, el simple hecho de vivir, sino algo más. Y ese algo más ¿qué otra cosa puede ser que la preparación del instrumento adecuado para la manifestación de la vida del espíritu? El viviente impulso inicial, ya le llamemos con Platón, idea; ya con Schopenhauer lo denominemos "voluntad de vivir" o con Bergson "elan vital", por ser un impulso dinámico de suyo, crea el instinto de la superación, tan primitivo y originario como el de la conservación, pero llamado a muy superiores destinos en el curso de sus transformaciones evolutivas. Ese instinto de superación, que al principio se revela como deseo de obtener más que otro y luego de ser más que otro lleva más tarde al deseo de ser mejor o de superarse a sí mismo; y por último, cuando el "yo" desbordante de la plenitud de sí mismo puede ser magnánimo, no es otro sino el mismo instinto de superación, lo que nos hace anhelar el mejoramiento del conjunto, hasta el sacrificio por él si preciso fuere. Es el mismo instinto que va purificándose a medida que el primieval móvil nutritivo pasa a ser influido por móviles éticos. ¿Y de dónde provienen esos móviles éticos? Tal vez sus orígenes sean muchos: entre ellos, el interés colectivo en su reflejo sobre el interés individual, fundamento del derecho; el mayor poder obtenido por la unión, fundamento de la sociabilidad; las experiencias de placer y dolor, primer origen del sentimiento estético; el influjo purificador de la contemplación intuitiva de la Naturaleza, que es consecuencia del sentimiento estético, etc., etc.

Así, pues, eubióticamente ha de interesarnos no tanto el arte en el sentido de la creación de cosas perfectas por el hombre, como el arte en el sentido del perfeccionamiento del hombre por medio del perfeccionamiento de las cosas, o lo que es igual, de la mayor y mejor revelación de la vida del espíritu.

Entre la definición del arte como preceptiva conducente a la realización o ejecución perfecta de cualquier menester, y la otra definición como estímulo de la emotividad, hay cierto grado de contradicción. En efecto, la realización perfecta es, en la obra de arte, contraria a la emoción estética. Como lo observa Benedetto Croce, coincidiendo en ello con Schopenhauer, las figuras de cera que son una imitación admirable del natural, en las que todo está perfectamente reproducido y no queda posibilidad alguna de que el contemplador ponga algo de su parte, podrán maravillarnos, pero sin suscitar emoción estética propiamente dicha. Algo semejante ocurre con la mayor parte de las fotografías. Sin embargo la contradicción es sólo aparente. La idea artística debe estar expresada de modo que no excluya la actividad emotiva del contemplador, sino que al contrario la excite; pero sería un mal procedimiento que se pretendiera obtener ese resultado por medio de la imperfección técnica.

Aun en las bellas artes, el arte en el sentido estético ha de contener e involucrar la maestría en el oficio; debe haber arte en el doble sentido de cultivar la sensibilidad emotiva y de realizar con perfección. Para que una estatua sea capaz de producir emoción, tiene que ser lo suficientemente bien ejecutada para que no salte a la vista imperfección alguna. La intención emotiva; el significado estético propiamente dicho debe expresarse de la corrección anatómica y de la perfección *artesana* en adelante. Análogamente en un cuadro: si el dibujo es malo; si la perspectiva lineal o aérea es falsa, si la ejecución es visiblemente defectuosa, todo ello redundará en perjuicio del valor estético de la obra. Un precioso motivo musical, y aun tocado con sentimiento, se hará insoportable si el ejecutante hace sonar de cuando en cuando una nota por otra o incurre en otros ostensibles defectos de técnica.

Ha sido objeto de sabias discusiones el problema de si la intuición artística, ya sea la que inspira al creador de belleza, ya la que la obra de arte suscita en su contempla-

dor, es de carácter intelectual o de índole emotiva. Este problema involucra el de la distinción entre la ciencia, la filosofía y el arte. Yo entiendo que el hombre se entrega "todo él" a la emoción estética como se entrega "todo él" a la pasión amorosa y que la repercusión de las emociones, se extiende o puede extenderse desde lo más sublime de la vida espiritual hasta lo más recóndito del trofismo celular. La diferencia entre las varias actividades del espíritu, es cuestión de predominancias de alguno o varios de sus aspectos sobre los demás. Una sociedad humana es afectada en su conjunto por cuanto afecta a la vida de cualquiera de sus clases, sea cual fuere la dominante y sean cuales fueren las subordinadas al gobierno de la dominante. Análogamente, aun cuando el espíritu obra "todo él" en la investigación científica lo mismo que en la creación artística; lo mismo en el estudio que en la contemplación estética; aun cuando no se concibe una cierta compenetración con la ciencia que no despierte amor y entusiasmo por ella; así como no se concibe realización artística sería que no involucre vastos conocimientos y ardua labor intelectual: la diferencia estriba en que, en la ciencia la mente es la que vibra, sirviéndole de caja armónica la emoción; al paso que en el arte ocurre precisamente lo contrario: la que vibra es ahora la emotividad y le sirve de caja armónica la inteligencia con toda la ciencia que sea capaz de contener.

Sin amar a la ciencia no es posible llegar a sus intimidades; adquiérese a lo sumo una instrucción superficial y memorativa; se vuelve uno, una fría enciclopedia ambulante: por desgracia esta es la definición que conviene a ciertos técnicos del profesionalismo; pero el tipo del verdadero sabio es muy otro.

Sin cierto grado de cultura intelectual es imposible la comprensión de las grandes obras de arte: recordemos cierta *Madonna* de Rafael que permaneció durante años en el cuarto de la servidumbre de un palacio, sin llamar a nadie la atención hasta que la casualidad la puso al alcance de miradas expertas.

La sabiduría de Sócrates, era la expansión, el desarrollo de la fórmula magna que el Oráculo de Delphos pronunciara. Tres palabras en griego para una idea expresable con una sola palabra de nuestro idioma: ¡Conócete!. No hay ahí comparación de textos, ni recopilación alguna; ni citas de autores, ni referencias a las ciencias múltiples, si bien pudiera argüirse con razón aparente, que ellas no existían aún. De todos modos, no puede darse en más abreviada forma, mayor contenido filosófico. Tal vez no fuera osado afirmar que las diversas escuelas filosóficas son tan sólo desarrollos unilaterales cuando no contemplaciones panorámicas desde diversos puntos de vista, sobre el mundo ideológico que evoca esa sola palabra, tan creativa por lo menos como el "AOUR" del Génesis mosaico.

"Conoce" es la palabra que denomina la actitud científica; pero "conócete" expresa la actitud filosófica que contiene por necesidad la científica, ya que el fluir de la conciencia y el fluir del fenomenismo exterior, constituyen una correlación de sujeto-objeto como términos complementarios que sólo existen el uno por el otro y cada uno de los cuales —si conserva algún valor relativo, estudiado por separado, pero sólo a los fines de este mismo estudio— no corresponde empero por sí mismo a realidad alguna. La realidad es la resultante de ambos factores complementándose.

Conocer, es haber medido, según la fórmula de Lord Kelvin. Yo creo que sea algo más porque de lo contrario, la ciencia resultaría meramente constatativa y entiendo que el "conocer" comienza después de la recta constatación; comienza con la elaboración interna de las deducciones; con la interpretación que es labor del espíritu insustituible por aparato alguno. "Conocerse" en cambio, es función de la filosofía; el mundo externo, en cuanto fenómenos, está comprendido en ella, sólo que ahora se le concibe subjetivamente y no con la objetividad (efectiva o ilusoria) con que la ciencia se propone la constatación de los hechos y la investigación de las leyes naturales. Y si la función filosófica "conocerse" incluye necesariamente la científica del "cono-

cer", incluye también, si bien se mira, la mística función del "adorar", sobre todo cuando predominando en el conocimiento su carácter intuitivo, comprende en un grado mayor o menor, el presentimiento, la adivinación, pudiéramos decir, de la inmensidad del ser, de sus posibilidades y de sus destinos.

No se trata ya, como quería Voltaire, (curiosa paradoja: se le ha difamado como paladín del ateísmo), de que el conocimiento de la Naturaleza, dado por la ciencia, nos lleve a la adoración de Dios. Nos lleva, sí, a la adoración en el sentido de elevación espiritual de nosotros mismos en nada parecida al anonadamiento del devoto prosternado ante el ícono; y en todo caso la vida interna que se nos revela como el motor de la evolución universal, no tiene semejanza alguna con los dioses de las religiones positivas.

Dice Emilio Boutroux: "La crítica moderna, halla que en el concepto de Dios subsistían múltiples elementos tomados de la naturaleza misma, y que si se trata de reducirlo a su contenido estrictamente suprasensible, se le ve desvanecerse". El idealismo ha trascendido enormemente al monoteísmo que Voltaire quería sacar de la Filosofía, viéndolo seriamente comprometido por las contradicciones y disputas teológicas. La "adoración" tal como nosotros podemos comprenderla ahora, ya no es la actitud del creyente que prorrumpe en un "hágase tu voluntad" personificando el vacío y atribuyéndole la voluntad que es energía inherente a los núcleos de manifestación del ser. La "adoración" se convierte ahora en una percepción intuitiva de las posibilidades de grandeza y de sublimidad que existen para el ser y se le ofrecen al adorador como realizables en sí mismo.

"Conoce" nos dice la Ciencia; "conócete" agrega la Filosofía; "adora" exclama la Religión. Pero la Filosofía suficientemente ahondada, incluye Ciencia y Religión en sus más altos aspectos, porque el mundo de nuestro conocimiento sólo es intuición del sujeto conocedor y porque el objeto supremo de adoración no es ya una deidad más o menos antropomórfica (antropomorfismo físico o antropomorfismo

psíquico) sino el finalismo de la evolución del ser; y por lo tanto la adoración verdaderamente mística no es más que un intensificarse del fluir de la vida interior, hacia lo infinito de sus destinos.



—¿Y el arte? — se me preguntará.

El arte... Si de sus fundamentos, de su misión, de su eficacia, de sus relaciones con la Ciencia, con la Filosofía, con la Religión, con la Moral, con la Sociología... hubiera de hablar, surgirían infinitos problemas que los más eminentes filósofos apenas osaron esbozar. Ya se ha visto en qué honduras penetramos tan sólo al apuntar algunas consideraciones superficiales sobre esas cuestiones.

Pero en suma podemos decir que sólo es artístico lo que contiene un elemento emocional dentro de una forma de belleza. La proporción entre los elementos constitutivos, la realización de la belleza por la mera armonía no constituye arte propiamente dicho, más que cuando esa belleza es capaz de producir emoción: la perfección que nos deja fríos no es realmente estética, al paso que lo es la imperfección si en ella hay algún elemento que interese a nuestra emotividad. Claro está que, como antes dije, cierto grado de perfección material es indispensable en la obra de arte, no porque ella afecte al contenido estético de la misma, sino porque nos distrae en su contemplación, como una mosca en la mejor sopa, sin alterar el valor nutritivo ni el sabor de ella, nos inspira una repugnancia que nos impide aprovecharnos de sus positivas cualidades.

La definición del elemento emocional en el arte, es decir, en qué consiste objetivamente, sería muy ardua y al fin una más que añadir a las que ya existen. La definición subjetiva es más fácil: es perogrullesca. Lo emocional es lo que despierta y hace funcionar nuestra emotividad. Por "emotividad" yo entiendo lo que en términos vulgares se llama el corazón, la facultad que produce el sentimiento y la pasión, la facultad que proviene de los primitivos instin-

tos vitales, así como paralelamente, la inteligencia proviene de las sensaciones.

Cómo y por cuáles arbitrios lo emotivo lo es: en qué consiste en la obra de arte y qué condiciones debe poseer ésta para que esté dotada de un valor emotivo —estético, propiamente dicho— sería asunto para un análisis complicadísimo que la intuición artística adivina con su inherente don de percepción inmediata; como adivina las vibraciones que han de poseer las notas para ser afinadas, aun ignorando que el sonido dependa de vibraciones y el número de ellas que corresponde a cada nota; como la ignorancia sobre las teorías físicas de la luz y los colores, no impidió a los antiguos maestros crear obras imperecederas de colorido; como la ignorancia de la Botánica y de la Química biológica, no impide al animal herbívoro nutrirse de hierba.

Aparece hoy el intuicionismo por reacción —justiciera en principio, pero tal vez abusiva en algunas de sus actitudes—contra la lógica de las escuelas y la orientación demasiado matemática de algunos sabios que no creen inteligible un fenómeno hasta tanto no han podido reducirlo a guarismos. Fundamentalmente la intuición es la manera normal y natural de percibir, y el intuicionismo como método podría definirse diciendo que consiste en oponer al método lógico artificial, un estudio y una imitación de los procesos naturales que presiden a la adquisición del conocimiento. En efecto, cuando en la cúspide sublime de la inspiración, el artista halla una idea, la aprehende por contacto inmediato análogo en un todo al proceso habitual de la sensación. La intuición como método es un método naturalista, como lo es el sistema de la enseñanza objetiva, por cuanto reproduce un proceso natural, y la inteligencia es puesta al servicio de este proceso en vez de imponer las fórmulas de su lógica a priori.

Intuición es, pues, percepción inmediata; sólo mediatamente llega el razonamiento a la percepción de la coherencia, efectiva o supuesta, que él toma por criterio de la verdad. Podría decirse, que así como de primera intención

Ensayos

Enero-Marzo de 1937

INDICE DEL 3.^{er} TRIMESTRE

ENERO - MARZO DE 1937

	Págs.
<i>Roberto Ibáñez</i> : Gustavo Adolfo Bécquer (Conclusión)	1
<i>Luis Bonavita</i> : Talleyrand	27
<i>Luis E. Gil Salguero</i> : Fatum Poético	53
<i>Carlos Vaz Ferreira</i> : Reacciones	81
<i>Jules Supervielle</i> : L'enfant de la Haute mer	85
<i>María Elena Muñoz</i> : La niña de alta mar	86
<i>Hugo Fernández Arriúco</i> : Aspectos actuales del problema del concimiento	89
<i>Gervasio Guillot Muñoz</i> : Un hombre y sus paisajes en el Nocturno europeo de Mallea	104
<i>G. Urbain</i> : Teoría coordinadora de la constitución de los compuestos orgánicos y metaloidicos	112
<i>Francisco Romero</i> : Persona y trascendencia	161
<i>Carlos Alberto Garibaldi</i> : María Eugenia Vaz Ferreira	168
<i>Luis Alberto Sánchez</i> : Civilización o cultura	186
<i>E. Amaldi</i> : Aspectos actuales de la física nuclear	201

EDUCACION

<i>Emilio Zum Felde</i> : Sobre los métodos de Enseñanza	35
<i>Emilio Zum Felde</i> : El interés como sistema en la labor docente	127
<i>Emilio Zum Felde</i> : El libro en la Enseñanza	210

NOTAS

<i>Justino Zavala Muniz</i> : Síntesis de la situación brasilera	55
<i>J. M. Gallegos Rocaful</i> : Las razones de una actitud católica	69
<i>Eugenio Petit Muñoz</i> : Aclaraciones ajenas en torno a Bécquer	75
<i>Andrés Tórensensend Escurra</i> : Perú, clave de América	144
<i>José Manuel Gallegos, Leocadio Lobo y Enrique Monter</i> : Palabras cristianas	152
<i>Alberto Domínguez Cámpora</i> : El armamentismo como efecto de la alarma internacional	227
<i>Romain Rolland</i> : ¿Cómo impedir la guerra? (Fragmento)	234
<i>Rainer Maria Ríke</i> : Carta a Annie Mewes	236

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

<i>Antonio M. Grompone</i> : Regreso de la U. R. S. S. por André Gide ..	78
<i>Alfonso Llambías de Azevedo</i> : Juan de Mairena por Antonio Machado	79
<i>José Paladino</i> : Compendio razonado de moral práctica por André Lalande	156
<i>Luis Giordano</i> : Tres camaradas por Erich María Remarque	159
<i>Guillermo García Moyano</i> : Once maderas, por Leandro Castellanos	
<i>Balparda</i>	238
<i>Alicia Goyena</i> : Ensayos, por Alejandro C. Arias	239

TEXTO EN PUBLICACION

(La numeración de páginas de esta sección corresponde a los pliegos finales de cada número)

<i>FERNANDO BELTRAMO</i> : La tendencia immanentista en el pensamiento contemporáneo y otros ensayos.	
Sobre la cultura filosófica y la lectura de la "Crítica de la razón pura"	107
Sobre el lenguaje filosófico	127
El arte como educación filosófica intuitiva	133

Ensayos

Revista mensual

Tercer trimestre
Enero-Marzo de 1937

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

ATENEIO DE MONTEVIDEO

Plaza Cagancha, 1157

MONTEVIDEO

TIPOGRAFÍA «ATLÁNTIDA»

ZABALA, 1376

1937

Ensayos

REVISTA MENSUAL

Plaza Cagancha, 1157
MONTEVIDEO

Si Vd. simpatiza con el esfuerzo que viene realizando ENSAYOS y con su orientación; si Vd. confía en la eficacia de la obra de penetración de los ideales de cultura y de libertad que nuestra revista sea susceptible de alcanzar sobre los medios intelectuales del país y del extranjero, contribuya a asegurar su sostenimiento y su progreso, enviándonos un nuevo suscriptor.

La labor de ENSAYOS es totalmente desinteresada y, por lo tanto, difícil y arriesgada en ambientes cultural y económicamente precarios, como lo son aquellos en los que debe actuar. La posibilidad de llevar a la realidad los vastos planes de superación a que se siente llamada, depende, pues, del apoyo que los lectores comprensivos quieran prestarle frente a esta exhortación que se les hace. Como realizaciones inmediatas, sin perjuicio de perseverar en ofrecer la producción de los más altos valores de nuestro país y de América, como venimos haciéndolo, y de buscar la colaboración de grandes firmas europeas, —la que quedará iniciada con el ensayo de Maritain, ya en prensa para el próximo número, y continuará más adelante con la inclusión de trabajos de eminentes profesores de Filosofía de Madrid actualmente radicados en París a causa de la guerra,— ENSAYOS prepara para Mayo un número en homenaje a Horacio Quiroga, y anhelaría dar para este mismo año otro extraordinario, de grueso volumen, destinado a José Enrique Rodó con ocasión de haberse cumplido en estos días los veinte años de su muerte.

La participación activa que solicitamos de nuestros suscriptores y lectores en la tarea de allegar nuevas fuerzas PARA QUE SEA POSIBLE EL LOGRO DE UNA EMPRESA SEMEJANTE, es, pues, INDISPENSABLE, y en ella ENSAYOS cifra las mejores esperanzas.

Sr. Administrador de **Ensayos**:

Sírvase anotarme como suscriptor de esa revista a partir del número correspondiente al mes de de 193.....

La revista se enviará a

Cobrar en

FIRMADO

Suscripción trimestral \$ 1.20

Ensayos

PUBLICACION MENSUAL

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

ATENE.O DE MONTEVIDEO

PLAZA CAGANCHA 1157

Director: *Eugenio Petit Muñoz*

Secretario de Redacción: *Alicia Goyena*

Administrador: *Victor Lisanti*

Consejo de redacción:

Juan P. Beltramo
Carlos Beavenuto
Clemente Estable
Carlos A. Etchecopar
Hugo Fernandez Artucio
Celestino Galli
Gustavo Gallinal
Luis E. Gil Salguero
Antonio M. Grompone
Roberto Ibáñez
Rafael Laguardia
Lincoln Machado Ribas
Emilio Oríbe
Carlos Sabat Ercasty
Emilio Zum Felde

Corresponsales en el exterior:

Buenos Aires:	Francisco Romero Angel Vasallo
Sao Paulo:	Gervasio Furest Muñoz
Caracas:	Salvador Fuentes Vega
California:	William Berrien
Paris:	Luis Ollivier
Madrid:	Helios Armando Vasseur
Jena:	Humberto Díaz Casanueva

CONDICIONES DE VENTA Y SUSCRIPCION

Número suelto	\$ 0.50
Suscripción trimestral	„ 1.20
„ semestral	„ 2.40
„ anual	„ 4.80